

pe. A ver, repite, para que aprendas a decirle a la Virgen Santísima el nombre de su advocación. De... Guadalupe.

—De «Guaudalupe».

—No, así no. Fíjate, hombre, fíjate...

—De Guadalupe.

—¡Eso es! ¡Así, sí! Acuérdate que debes traer testigos para el matrimonio, y sus padrinos. ¿Cómo es que se llama el caserío donde viven ustedes?

—El Escobar.

—Bueno; de allá, de «El Escobar».

... ..

Quando empezaba a anochecer, los novios emprendieron el camino de su casa animados, muy contentos y con el propósito de regresar a la celebración de la boda el día señalado.

—Pues, sí, mi señor «Colástico», ya ha oído usted lo que ha dicho el señor Cura. Nos vamos a casar para no separarnos más nunca. ¡Más nunca! Vaya olvidando a la «Censión», y no piense más que en mí, que puedo ya decir que soy su mujer «enlegítima».

—No se te dé cuidado por eso, que yo no la volveré a ver «enjamás».

—Pues que asina sea, porque eso de mantener dos casas con el trabajo de nosotros, tampoco puede ser.

—Sí, sí; tienes razón... ¡Uuuu!...

Y empezaron a subir, jadeantes, la larga pendiente de la montaña que iba iluminando la luna con tintes de claridad suavísima.

XXVI

Desde la torre, el panorama que se ofrecía a la vista no podía ser más hermoso. Razón es esa que explica suficientemente la decidida disposición que los muchachos del pueblo tienen de estarse varias horas del día en la iglesia, rehuyendo, de ese modo las obligaciones caseras, a las que tienen con el maestro, desde que fueron inscritos, al principio del año escolar, en el libro de matrículas.

Palmares inmensos a un lado, que sombrean gran extensión de la playa desnuda; los mástiles de tres o cuatro buques, balanceándose continuamente en el puerto; las lanchas de los pescadores donde descansan, con la mirada siempre triste, los pelícanos. Allá, las islas azules, las islas de los buzos, de los exploradores del mar a quienes la fortuna a veces sonríe con dádivas que oculta en sus entrañas el abismo.

Una vela... Otra más allá... Y más lejos todavía, un punto negro en el horizonte, un punto que por momentos va agrandándose, tomando forma de algo que puede distinguirse precisando lo que es. Es el vapor que vie-

ne dejando y recibiendo a la vez pasajeros y cargas en todos los puertos.

—¡Si vendrá mi tío!—dijo uno de los muchachos, el más pobre, a juzgar por el vestido que llevaba, de dril y zaraza.—Cuando se fué me ofreció traer un sombrero y unos pantalones de casimir... ¡Cómo no se le hayan olvidado como la otra vez!...

—¡Aguarda lo que te traiga tu tío!—dijo otro de los muchachos.—Buenos informes le darán de tí cuando llegue. A la escuela no has vuelto desde hace más de una semana, y lo que es premio en los exámenes... ¡mijito! no sacarás ni uno. Ya oíste lo que dijo el maestro, que tú te estás volviendo un vagabundo, y que tendrá en cuenta la asistencia para las calificaciones y premios.

—¡Pero como yo me sé todo lo que me han de preguntar!... Las cuatro operaciones, me las sé muy bien, lo mismo que las dos primeras partes del Catecismo; de Geografía... sólo lo que se me olvida un poco es lo de los ríos de América... Tengo hechas nueve planas, y ya me sé la recitación. No, lo que soy yo, me presento a los exámenes de todos modos. Y... ¿qué apostamos a que me dan premio?

—Sí, nada de particular tiene. Cuando se lo dieron a Pachito Aragón, me parece que a cualquiera se lo han de dar también.

—¡Qué! ¿Y tú me comparas con Pachito Aragón, un muchacho que no sabe nada; que en las sabatinas lo que hizo fué a ponerse a llorar porque no supo hacer una operación sencillísima de multiplicar?...

—¡No, no! Alto ahí, que no fué sencillísima.

—¡Pues, cómo no, hombre! Mira: ¿quieres que te diga cuál fué? ¿Quieres que te la diga? Era esta, ahora verás... Que un señor había comprado veintidós novillos a razón de sesenta pesos sencillos cada uno, y que deseaba saber cuántos pesos fuertes eran los que tenía que dar. ¿No fué así?

—Sí, así fué—dijo el otro muchacho, que hasta entonces no había sido sino testigo mudo de la discusión.

—Ah, para que veas—continuó Rosendo González,—para que veas que sí me acuerdo. Y yo no estoy «corcho», hombre, yo no estoy tan «corcho» como tú te imaginás...

—Pues, hombre, me alegro mucho, muchísimo de que te den todos los premios...

—Eso tampoco. Yo no estoy diciendo que me los den, ni que me los merezco; lo único que digo es que no estoy tan «corcho» como tú crees, y... y...

—¿Y qué? vamos a ver, ¿y qué?

—Y que estoy más adelantado que tú en todo.

—No, eso no hay que decirlo. Todos lo sabemos ya. Si tú eres el primer alumno de la escuela, y pronto tendrás que separarte de ella, porque el maestro no tendrá qué enseñarte.

—¡Déjate de tonterías ridículas, hombre! Siempre has de salir con esas. Lo único que digo es que sí me presento a los exámenes y que te desafío a ver cuál de los dos sabe

mejor el curso... Y eso que tú entraste a la escuela primero que yo.

—¡Sí, hombre, sí! Ya sabemos que tú eres un primor de inteligencia y de aplicación, y que los premios son todos para tí. Pero, eso sí, no te olvides de darme mi parte, ¿oyes? No se te olvide regalarme un premio, para decir yo que lo gané. ¿Oyes?

—Bueno. Búrlate como quieras, que yo por tus burlas no peleo. Pero de que voy al examen, voy, y...

—Volverás a tu casa con tantos premios, que tendrás que alquilar un carro para llevarlos.

—¡Zoquete!

—¡Dejen la pelea, caramba! Siempre están ustedes como perros y gatos—dijo Eladio Ruíz, otro de los condiscípulos, y que siempre andaba con un pedazo de pizarra y el respectivo zis en uno de los bolsillos del saco de bayeta. Dejen la pelea, y miren allá...

Todos miraron al punto que el compañero señalaba.

—¡Qué lindo! ¡Mira cómo parece escharbar en las aguas!

—Pero lo más bonito es el humo de la chimenea, que parece una gasa negra que se va rompiendo...

—¡Sí, eso es! ¡Qué lindo!

—¿Nos vamos?

—¡Sí, vamos a recibir a los que vienen!

Y todos tres, depuestos los resentimientos, bajaron de la torre, como pájaros alegres, a encontrar a los que debían traerles alguna buena noticia...

cuales hay más de una vieja regañona que habla a gritos—se ocupan de los manteles de los altares, de prender los lazos de cintas, de arreglar las tazas de flores y de hacer ramos con otras de papel, donde creen haber desplegado una habilidad que a todos deslumbra. En medio de la ignorancia artística en que vivían siempre, hay una cosa que vale más que todos los recursos del arte, y es la fe con que se dedican a la tarea, es la piedad con que rodean al Señor para consagrarse a los mejores días de su culto. Sobre el altar, encaramados en largas escaleras, están algunos hombres preparando el lugar en que han de colocarse las imágenes.

La escultura que representa al Señor muerto en la cruz es obra antigua de mérito indisputable. La efigie de la Virgen, todavía puede conservarse, aunque ya van siendo cada vez más raras las imágenes que hay que vestir a semejanza de cualquier prójimo. La infeliz imagen de San Juan sí merece hace tiempo la hoguera a que un ilustre Prelado condenó todas las que encontró en las iglesias de su Diócesis, sirviendo de irrisión a cuantos en ella reparaban.

Pero tan acostumbrados están los habitantes de Anzurema a pasear por las calles sus imágenes, y tanto es lo que las quieren, que más de un disgusto ha surgido cuando alguno, que no es del lugar, ha cometido la imprudencia de ponerles algún reparo.

He de decir, aunque parezca extemporáneo, que me gusta el carácter de los que aman, con fanatismo si se quiere, todo lo que per-

tenezca a su pueblo, a la aldea donde vinieron a la vida. Esa es virtud que se va perdiendo cada día; pero no es menos cierto que cuando cansan las cosas que son de uno, es porque el amor de sí mismo degenera en un altruismo vacío que se lleva toda la mejor savia de la vida.

El amor de la patria es tanto más vivo e intenso, cuanto mayor es la estimación que se tiene por todo lo que nos diga algo de ella. ¿Qué les importa a los de Anzurema que digan que sus imágenes no son hermosas? Pero aquí tenemos—les contestarán—la imagen del Señor crucificado, que no sólo nosotros veneramos, sino que de los pueblos más remotos del país viene a solemnizar su fiesta todos los años, no sólo con su presencia sino con valiosas ofrendas y donativos. Ahí están los ex-votos diciéndolo. De oro y de plata los cuenta por centenares, y, como permisión del Altísimo, esa devoción viene consiguiendo lo que ni los Gobiernos ni los partidos han obtenido jamás: acercar a los pueblos; hacer que se conozcan recíprocamente, estrechar cada día más la amistad; impulsar el comercio interior; tratarse, en fin, como ciudadanos que algún anhelo tienen por engrandecer su patria.

Muchos, es verdad, no reparan o no quieren reparar en ellos; pero el hecho se cumple, y cuando calamidades como la guerra han azotado el país, los habitantes de Anzurema no han sido los peor librados en el general infortunio. Dondequiera han encontrado amigos, amigos que les han favorecido librándolos de

más de una desgracia, porque lo mismo hacen ellos dando una hospitalidad franca y cordial a todos los que a Anzurema acuden, en los primeros días de cada año, a la fiesta del Señor.

La gente continúa llenando la iglesia con sus ánforas y cántaros. Hasta en botellas llevan el agua los que no resisten el peso de otros depósitos, y todos van rodeando al señor cura que, en medio de la nave principal de la iglesia, de pie, al lado de una grande artesa, derrama desde la cabeza del Señor el agua que le van presentando. Cuando ya reboza, vuelven a llenarse los depósitos que la llevaron, y de ese modo cada cual vuelve a recoger el agua que llevara, que la fe le ha hecho milagrosa, que habrá de repartir después hasta con los que viven en los puntos más remotos. De ella se hace demanda como de la de Lourdes, y aunque no tiene el crédito divino que la otra, siempre la fe sigue obrando sus consolaciones en los que sufren mirando resignados el cielo.

Y siguen los repiques y los disparos, y las ánforas siguen vaciándose y volviéndose a llenar apenas el agua toca la divina escultura. Y por todos los caminos que conducen a Anzurema se ven llegar caravanas de peregrinos que han hecho la promesa de asistir a la primera novena; y todo el pueblo se agita, alegre con su fausto día.

Y se habla de las corridas de toros, y de que el Alcalde debe presidir el primer día de las fiestas, y de las familias que vienen, y de las carreras y de los bailes.

—¡Qué bonito está ya el pueblo!—exclama alguno señalando la calle que se adorna poniendo en los pilares de las casas las banderas blancas con la cruz roja y gallardetes de rojo y blanco.

—¡Buena va a quedar la fiesta este año!—dice el mozo de cordel al patrón, a quien le pide algún avance en los salarios para estrenar alguna nueva pieza de vestir y... para divertirse.

Aquí se cuelga un farol para la luminaria de la noche; allá se limpian las paredes, blanqueándolas de nuevo. Y siguen llegando los peregrinos por todas las vías, con la imagen de un crucifijo en pequeño cajón habilitado de altar, lleno de flores, de ex-votos y rosarios con monedas perforadas, rodeado de la multitud que viene de los campos en piadosa romería, con sus ofrendas para la fiesta.

Repiques, músicas, descargas de fusilería, vivas, cantos populares... todo a la vez acumulándose, sube, sube como los aromas del incienso, y se pierde arriba, en las lejanías de lo eterno que buscan las almas cristianas...

XXVIII

Llena de gente está la población, y todavía se ven blanquear los caminos con la que va llegando de los campos. Desde el jueves han enmudecido las campanas y sólo el pesado traqueteo de la carraca va anunciando por calles y plazas que va a tener lugar la más importante de las ceremonias religiosas: el descendimiento de la cruz del cuerpo de Nuestro Señor, que desde el medio día está allí, en el monte que domina la ciudad deicida, en compañía de dos criminales que expiran, con la blasfemia el uno, mientras el otro, humillado en el dolor de su infortunio, vuelve los ojos al Divino Maestro, en quien cree y espera.

—«Hoy serás conmigo en el Paraíso»—han dicho los labios de quien es la Misericordia infinita, y ante el recuerdo sagrado que el sacerdote evoca, el alma del auditorio que lo escucha se conmueve, y de algunos ojos resbalan en silencio las lágrimas de un dolor sincero que cristalizan la piedra y el amor.

Dos blandones únicamente que chisporro-

tean de modo lúgubre entre las verdes hojas del monte, alumbran el escenario magnífico en que forma el eslabón divino que unirá para siempre la tierra y el cielo. Hay silencio de los sepulcros en las almas, y el dolor pesa con la gravitación de las cosas solemnes.

El llanto, que corre a medida que la elocuencia sagrada va penetrando en el drama que se renueva en aquel día santo, rompe sus vallas y se queja. Es el lamento de Job, que sufre todavía; es la Humanidad que se congrega otra vez en la angustia de su arrepentimiento. Y de su labio brota el «miserere», y de su tristeza asciende el aroma que convierte la justicia en piedad y lo inexorable en misericordia.

La obscuridad es casi completa. El sacerdote, con su largo manto y cubierta la cabeza con el solideo negro de ribetes morados, desciende del púlpito y va a arrodillarse a los pies del Señor. Vaho caliente que asfixia se levanta por la agrupación del gentío.

Los *pasos* van iluminándose, y en la penumbra comienzan a moverse esbozos y siluetas fantásticas. El centurión, que llega con los atavíos ridículos que le ha puesto la ignorancia, se abre paso, y llega al sepulcro del Señor, donde se arrodilla como si fuera a orar, y luego, de pie otra vez, empieza a moverse, sin salir de un mismo punto, con balanceo chocante de payaso, al son de un parche destemplado, que es el que estará indicando toda la noche la marcha a los que, con armas a la funerala, van custodiando el sepulcro.

Pero la solemne ceremonia se impone por sobre todo lo risible y funambulesco. Allá, del primer paso, que es el de la Magdalena, doscientos hombres, cubiertos apenas con una corta enagua blanca, se destrozan pechos y espaldas con disciplinas de cuero, en cuyos ramales hay vidrios que penetran en las carnes, haciendo salir en hilos delgados la sangre. Llevan la cabeza cubierta de espinas, entre las cuales, como emblemas de muerte, lucen los cocuyos su luz mortecina. Otros van atados a una cruz erizada de espinas triangulares, y recogida a la cintura una cuerda larguísima que sueltan para que, al pisárselas, les ocasionen una nueva tortura.

—¡Plae!... ¡plae!... ¡plae!... ¡plae!...

Y sigue la disciplina rompiendo las carnes, y el vaho de sangre nauseabundo se levanta con los salpiques de los músculos que van destrozando.

XXIX

—Pues voy a referirles a ustedes este caso, que no deja de tener su parecido—salvo las circunstancias y detalles—con algo de la célebre novela de Julio Verne, de que usted habla, don Rafael... He pensado, leyendo a ese original escritor, que acaso no tarde mucho el mundo en ver realizados los portentos que su ingenio nos relata de tan deliciosa manera y con tan original inventiva. No me meto yo a considerarlo, desde el punto de vista literario, porque esa es tarea que no se ha hecho para mí; mas por lo que hace a la inventiva, al modo cómo va discurrendo en todo el enredo que se complace en crear para después él mismo, que se queda, como si dijéramos, con el extremo del ovillo, irlo desenredando, me parece que sí hay, y no poco, de consumada habilidad.

—Artificio...

—O ingenio, don Ricardo. Pero, en fin, llámese como se quiera ese procedimiento, ello es que gusta a los que no vivimos buscando obras ajenas para apuntarles los defectos. Qué-

dese esa tarea para los inteligentes, que yo no me he de sulfurar porque entre literatos se aune a cada rato las de Dios es Cristo, ni he de reparar tampoco en si tienen o no razón en apuntar defectos a los demás cuando los llaman a cuentas. Yo sólo sé que no gustan algunas de sus obras lo bastante para alejar las horas que todos tenemos de soberano aburrimiento, y eso me basta.

—Así es. Yo digo lo mismo—afirmó don Samuel haciendo una mueca horrible al dar el primer sorbo de chocolate.

—¿Qué te pasó, Samuel?—le dijo D. Ricardo sonriéndose al verle la cara que puso.

—Pues, hombre que me acordé en el momento que tomaba el primer sorbo, de algo muy triste...

—¡Eso es! No otra cosa fué lo que me imaginé. Pero deja por ahora esos recuerdos; piensa en el tresillo que nos está esperando y... en este magnífico habano que quiero regalarte.

Y, sacando algunos de vuelta abajo con el anillo de papel dorado, los repartió a los amigos.

—¡Gracias!

—¡Dios te lo pague!...

—Pues bien, como iba diciendo... (Excusa, Marujita, y hazme el favor de servirme otro poquito de agua), un caso más curioso pasó. no hace mucho con un peruano que se «apuntó», como decimos por acá, a la lotería de Louisiana. Pero... no; rectifico. No fué que él compró el billete, sino que se lo enviaron como prima, por ser suscriptor de un periódico.

dico americano que reparte regalos a sus suscriptores cada año. Chocóle al señor el regalo, y, devolviéndolo en el inmediato correo, pidió a la Casa editorial que le enviaran otra cosa en vez de aquel papel que, en su concepto, para nada servía. Llegó la carta a su destino en momentos en que iba a verificarse el sorteo, y alguno de los empleados, hombre seguramente de cábalas, lo tomó para él, porque algo de buen agüero vió sin duda en la devolución, y

a billete que viaja,
algo le cuaja.

El cable, que en todo ha de meterse, anunció el número del premio gordo a todas partes; y ya puede cualquiera suponerse cómo sería la sorpresa de mi hombre, cuando ve en la lista de premios que insertaba un periódico de la localidad, el número de su billete en caracteres rojos, gordos, en un cuadrado en mitad de los otros premios.

—¡68,396! ¡Mi número! ¡Pero qué he hecho yo, gran animal! ¡Botar mi fortuna! ¡Arruinarme!... ¡No, arruinarme, no!... Pero he desechado la suerte. ¡Cómo es esto posible! ¡Yo me vuelvo loco! ¡Soy capaz de suicidarme!

Y casi se muere de veras. Arrancóse en su desesperación uno que otro mechoncito del muy escaso pelo que le quedaba en la cabeza; le dió un puntapié a la silleta donde estaba cuando leyó el periódico, y derramó un tintero sobre el libro de Caja, que estaba abierto sobre el escritorio.

—Pero qué tienes, hombre; ¿qué te pasa?

—vino a preguntarle desde su oficina otro comerciante amigo suyo.

—¡Qué he de tener, mi amigo don Telesforo, qué he de tener! ¡La ruína!... El número premiado de la lotería ha sido el que me mandaron, y que devolví por el correo del 5. Ya ha debido llegar a su destino...

—¡Ah, sí! Por supuesto... Pero, hombre, ¿por qué lo devolviste? Ya ves...

—No me diga nada, don Telesforo. ¿Que por qué lo devolví?... Porque yo... ¡Vamos! porque yo soy un imbécil. ¡Por eso!

—¡Por eso!—repitió don Telesforo, sin darse cuenta del insulto que entrañaba su afirmación. Pero, hombre, quizás no esté todo perdido. Pon un cablegrama; ¡haz cualquier diligencia!...

—¡Qué diligencia ni qué nada! Si yo lo que merezco es reventar como una cigarra

—Pero, cálmese, mi amigo, cálmese, y piense cómo se puede componer la cosa. Quizás escribiendo, o, para andar más ligero, poniendo ún cablegrama. En fin, haciendo cualquier diligencia. Dicen que la peor de todas es la que no se hace. No desesperarse... Calma... calma...

—Don Telesforo, amigo mío, usted se encargará de mi entierro... De esta noche no paso... Si es que tengo que morirme ante esta desgracia.

—¿Morirse? Bueno; pero eso será cuando Dios lo mande. Por ahora, calma, calma. Mire con calma las cosas. Usted pone un despacho y dice, por ejemplo, que por una distracción metió el billete en la carta...

—Pero... ¿y cómo van a creerme eso, don Telesforo? ¿No vé usted que yo mismo digo que devuelvo el billete para que me manden otra cosa?

—¡Ah!...

—¡No, si cuando yo aseguro que estoy perdido! ¡Si yo lo que debo hacer es ahorcarme!... ¡Dénme una sogá!

—Calma, mi amigo, que nada se saca con esas desesperaciones. Pongamos el cable...

—¡El cable! ¡En una viga, para colgarme... por imbécil!

—¡Pero, amigo mío, quién quita! Ya usted sabe que la peor diligencia es la que no se hace. Paciencia, paciencia y a arreglar las cosas con calma.

—¡Qué es lo que pasa aquí, Dios mío!— dijo una de las señoritas hijas del comerciante, entrando asustada, a la noticia de que su padre estaba muriéndose.—¿Qué tienes, papacito? ¿Te has puesto malo?

—¡Qué he de tener, hija mía! ¡Que nos hemos arruinado hasta decir no más, porque tu padre no es sino un solemne imbécil!

—¡Jesús!—exclamó la niña llevándose las manos a la cabeza.—Entonces... ¿estamos perdidos, papacito?

—¡Perdidos sin remedio!

—¿Pero, para qué dices lo que no es, hombre? ¿Para qué mortificas a tu hija? Lo que hay, señorita, es que el billete de la lotería...

—Sí, sí; cuéntale tú a mi hija lo que ha pasado. Cuéntale mi ruína...

—Aguarda, hombre, aguarda, que parece de veras que te has vuelto loco.

—¡Ave María!—exclamó la señorita cuando se impuso de todo.—¡Pero para qué este escándalo! Ahora todo el mundo se impondrá de lo que ha pasado, y los comentarios... Esperémoslos. Pero si todo tiene remedio...

—Menos mi ruína, ni... la muerte. Ni la muerte, que parece que llega. ¡De esta noche no paso!

—Vea, señorita—le dijo uno de los amigos de su padre,—atiéndalo aquí, mientras voy al teléfono a llamar a un médico. Esto puede ser grave...

—Sí, señor; yo así lo estoy temiendo. ¡Dios mío! Si un disgusto puede matar a cualquiera. ¡Y papá, que ya ha sufrido de un ataque semejante!

Cuando llegó el médico, el acceso del mal había pasado. Sin embargo, quedaron prescritos unos sinapismos y unas cucharadas cada media hora.

—¿Pero, no le parece a usted, Doctor, que yo soy un imbécil?

—Quieto, quieto ahora, que tiempo de sobra tenemos para conversar después, ¿eh? Procure olvidar esa impresión, y mañana, cuando ya esté mejor, o bueno, como espero, hablaremos del suceso; ¿oye?

—Bueno, Doctor. Pero, de todos modos, yo soy un imbécil, ¿no es verdad?

—Sí, mi amigo, así es—contestó el médico—sin darse cuenta de la respuesta, por estar escribiendo una receta en el libretín que sacó del bolsillo. ¡Que lo despachen pronto! ¡Corra!

—¿A quien? ¿A mí, Doctor? ¿Que me despachen?

—No, amigo mío, al muchacho que va a traer las cucharadas que deberá usted tomar cada media hora...

XXX

—Pecado grande es el de la murmuración, mi amigo don Laureano; y sin embargo, yo, que soy hombre ajeno a escudriñar la vida del prójimo, que me repugna oír malos conceptos de nuestros semejantes, porque no siempre se anda en justicia cuando se aprecian sus actos, no puedo menos que condenar, como lo hago, esas injusticias de que somos testigos pacientes, porque... ¿qué remedio? Ya esos excesos vayan en lo inícuo, y mal habría en callar, por temor a la censura, el exceso de tanta maldad. La guerra, que es sin duda el peor de los castigos con que Dios sofrena nuestras delincuencias, va todavía por todos los ámbitos del país haciendo sus estragos y llevando la ruína a millares de familias... Pero ¡ah!, lo peor de todo es que del seno de la misma desgracia, de la miseria misma, ha surgido nueva fuente de riqueza para algunos; y como no son pocos los que medran en ese mar revuelto de calamidades, de ahí que el desastre siga echando raíces

más hondas, y que las esperanzas de una paz segura se vayan cada día desvaneciendo como nubes de verano. Hoy vencen las fuerzas del Gobierno aquí, y mañana resulta la rebeldía con nuevos bríos en otro Departamento. Publican la noticia de que ya se dió el último golpe a las guerrillas, y en seguida se anuncia que nuevas invasiones han hollado el territorio de la República.

Los presos políticos, por traición de algunos, o por habilidades que siempre se despliegan en las duras adversidades, siguen escapándose de las cárceles, burlando así los pactos de las capitulaciones, dando pábulo, en fin, a la hoguera inmensa que más de una vez hemos creído extinguida por completo para volver a levantarse, ya sea con elementos propios o con los que los extraños le proporcionan. Ello es que la guerra sigue, y seguirá quién sabe hasta cuándo, y que todos, cuál más, cuál menos, estamos al borde de un abismo, al que sin remedio descenderemos, por más que algunos ilusos (no quiero suponer otra cosa) se hayan dado a la funesta tarea de estar contándole a todo el mundo que nuestra situación, si no buena, porque eso sería el colmo del cinismo, por lo menos es llevadera todavía, y que otros países han tenido peores crisis que el nuestro. Convengo en que las hayan experimentado tan agudas como la que presenciamos en todas partes; pero de ahí no debe deducirse en manera alguna que nosotros no estemos de gravedad en nuestro estado económico y fiscal, ni, lo que es más cinismo todavía, que el progreso no se

realiza sino después de una dolorosa gestación, y que «para comer la tortilla»—como dijo cierto distinguido General en «Ganapata»,—es necesario comenzar por romper los huevos. Pase todavía que eso se dijera en los momentos en que el combate enardece el espíritu hasta obligar a proferir cosas que sólo engendra la ambición o el despecho; pero hacer de la frase militar proferida, que no deja de tener algo de sublime, un cuasi aforismo de Economía política, es cosa que no puede tolerarse sin hacerse uno cómplice de la injusticia a que estamos acostumbrados desde que el fusil y la bayoneta reemplazaron la tribuna y el periódico.

Verdad es que nuestra vida de pasiones nos arrastra hasta ahogar la voz de la justicia en la balumba que provocan nuestros odios de partido; pero el reconocimiento de ese hecho, que por desgracia está a ojos vistas, no es motivo, ni con mucho, a que hagamos la apoteosis del desastre y encumbremos a los que, so capa de defensores de los fueros de la sociedad en que viven, medran como parásitos llevándose la savia que nutre otras plantas. La guerra, tan temida antes, sobre todo por las clases desvalidas y pobres, ha venido a ser lo que nunca se creyera que fuese: un medio fácil de improvisar fortunas, pero a costa de lo que otros poseían. Y lo peor, mi amigo, es que esa misma prolongación de la guerra sigue engendrando la ambición de fortunas, que los hombres continúan matándose y que, con todo y eso de las reconciliaciones de que nos hablan como triunfo de la

legitimidad, no son más que los medios de que se valen los beligerantes para dar cada vez más amplio cauce al estrago, al río revuelto que ofrece no poco atractivo a unos... y otros. ¡Qué degeneración, mi amigo, qué degeneración tan lamentable en la que nos ha tocado vivir!

—¿Sabe usted lo que acabo de saber esta mañana? ¡Pues admírese más todavía! Acabo de saber que en la población de... no recuerdo el nombre, pero es del Tolima, que después de un reñido combate de más de cuatro horas, se suspendieron los fuegos, hubo una especie de armisticio que no duró sino pocas horas, durante las cuales rojos y azules saquearon la población, repartiéndose después el botín en la plaza principal, a vista y presencia de sus mismos jefes, que bebían a la salud personal de ellos mismos, en la más sabrosa juerga que jamás tuvieron militares en campaña. ¿Qué le parece a usted?

—Esa es la clave, esa es la clave de la prolongación del desastre. No es sólo usted el que lo dice, sino que del dominio público es eso. Y mientras tanto, el país sigue agonizando, nuestro crédito en el Exterior continúa insostenible, y nada todavía es suficiente a detenernos en el camino que llevamos. ¡Ah! Y la sangre inocente que sigue derramándose, la sangre de tantos jóvenes que eran una positiva esperanza de la patria! Ay, amigo mío, cuántas veces he pedido a Dios que se compadezca de nosotros, que permita a la guerra una solución cualquiera, pero que nos la aleje, que la termine aun cuando sea a costa

de un nuevo sacrificio en que todos tengamos que renunciar a algo muy caro, a nuestros afectos! Toda noción de justicia se ha perdido; somos reos de nefandas culpas, y eso, eso es lo que estamos expiando. La profecía del Libertador se ha cumplido; su obra redentora fué baldía. Asó en el mar, mi amigo, asó en el mar...

—Así es. Y todavía hay algo más grave aún que no podemos valorar. El descrédito del país, por una parte; la siega de nuestros hombres en la lucha, por otra, y las reclamaciones que no tardarán por los perjuicios ocasionados en propiedades de extranjeros. Eso es lo que no sabemos, lo que de seguro vendrá a hacer más difícil la situación que es, como todos reconocemos, sin precedentes.

—Muchas de nuestras poblaciones han sido destruídas; la sangre ha corrido como nunca; la miseria ha llegado a todas partes, y sin embargo...

—¡Qué, amigo mío! ¿Todavía no te satisface el recuento tristísimo?

—No. Porque hay algo que en medio de este mal sin antecedentes me llena de indignación; algo que, si en mis manos estuviera, extirparía de raíz como deseaba el feroz Emperador de Roma hacer con todo lo que no se doblegaba a sus ambiciones de monstruo... ¿Viste al sujeto ese que salió de la joyería?

—Sí.

—Pues ese individuo que se pasea tan satisfecho, tan erguido, ostenta las charreteras de General de la República; es un hombre feroz que no respeta nada; lleva en su conciencia

las sombras de más de veinte víctimas que hizo con su propia mano en las emboscadas que tendía al enemigo... Ahora, míralo bien. Es un señor acaudalado, que viste a la última moda, lleva vida de príncipe, y, cambiados los instrumentos de agricultura por la espada del General, se codea con todo el mundo; lleva fuertes sumas a los Bancos, y tiene empresas que le darán magníficos provechos. No sale del Ministerio de la Guerra, donde se la pasa husmeando algún contrato, a cuya concesión cree tener mejor derecho que cualquier otro, porque es un General.

—Un patriota, querrás decir...

—Eso es, un patriota de los que cuenta la Nación por millares.

XXXI

—Patrón, he oído decir por ahí que esta noche van a traerle la bandera. Se lo aviso para que no lo coja de nuevo, y se vaya preparando...

—Bueno. ¡Qué vamos a hacer! Ganado para la lidia, me parece que de los novillos que hay en el potrero de «El Manglar» se pueden sacar algunos de los que echamos en octubre. Con unos diez creo que habrá para el juego de la tarde... Pero, vea usted, hombre, cómo se han acordado de mí los paisanos. Si yo no soy ya ni vecino de Anzurema, porque mi domicilio es Niope. En fin, no se puede desairar a los amigos y parientes.

—Ni al Señor de Esquipula, don Cipriano, ni al Señor de Esquipula, que es el que da y conserva los bienes.

—¡Siempre está Mercedes con su Señor de Esquipula! ¿Qué tendrá que ver el Señor de Esquipula con las cosas de nosotros acá?

—Siempre tendrá que ver, don Cipriano, porque la fiesta es para El, y desde allá del

Cielo está mirando lo que en honor suyo se hace.

—Pero, bien. Vea o no, lo que importa es que la fiesta quede mejor que los años anteriores. Me dicen que lo que fué la del año pasado no sirvió para nada; que fué muy poca la gente que vino de los campos, y que apenas de una que otra población se asomaron algunos, y eso, a cumplir alguna promesa.

—Así fué. Pero, don Cipriano, es que no hay que olvidar que después de una guerra tan larga como la que pasamos, todos hemos quedado más pobres de lo que estábamos, y que si a nosotros, los que somos de aquí, tanto nos cuesta la limosna insignificante que damos para la fiesta religiosa, mayor es el sacrificio para los que no son del lugar y que tienen que venir de otras partes, algunos de ellos de puntos remotos.

—Sí, eso es cierto; y por eso mismo creo que no ha de quedar buena la fiesta este año.

—¡Quién sabe! Es que van ya cumplidos dos de no haberla, y como por estos pueblos todos son devotos del Señor, es de esperarse que, una vez que la guerra terminó, vuelvan con toda confianza a celebrarla.

—No dudo de que haya buenos deseos en hacerlo, Mercedes; pero es que nadie tiene humor para fiestas. Todo el mundo está arruinado, triste por las grandes desgracias que hemos tenido que sufrir, y sin dinero, Mercedes. Tú sabes que para todo en este mundo, y más aún para lo que se relaciona con fiestas, se ne-

cesitan tres cosas, a saber: dinero, dinero, y... dinero.

—Así es, sí, señor, así es; pero... ya verá usted cómo va a llegar de gente a la primera novena. Lo mismo decía don Higinio cuando la peste grande de la viruela. Y entonces sí que fué cierto que se juntaron todos los males: la guerra y la peste, y sin embargo, me acuerdo como si lo estuviera viendo: ese año quedó la fiesta como pocas veces. No fueron muchas las de calle, pero la de iglesia... Si usted debe acordarse, don Cipriano, porque tal vez no estaba muy chico...

—Sí, sí me acuerdo; fué el año que vino a la visita el Gobernador. Cuando hubo el combate de Río-chico.

—¡Eso es! Entonces; cuando murió su tía doña Basilia, a quien Dios tenga en gloria...

—Sí, eso es. Ya ve usted cómo tratando de recordar las cosas, siempre da uno con lo que quiere...

—Sí, señor; así es.

—Pues bien, Mercedes, tendremos fiestas, y yo seré alférez de un día. ¿No te parece?

—¡Por supuesto! Hay que darle al Señor para que él nos dé también. Dice el Evangelio que el ciento por uno no le faltará a quien dé su limosna a Nuestro Padre que está en el Cielo.

—Y aunque no la devolviera, Mercedes, aunque no la devolviera. Uno da por el gusto de dar. Para divertirse y para que se diviertan los demás, que todos somos hijos de Dios; ¿no es verdad?

—¡Ni más ni menos! No ve, así es cómo me

gusta ver a mi patrón, siempre generoso con su pueblo, y dispuesto a no desairar a nadie.

—Fiestaremos, Mercedes, fiestaremos. ¡Estoy dispuesto a todo!

—¡Eso es! ¡Viva el patrón!

—¡Que viva!—contestó don Cipriano, riéndose.—¡A prepararse todo el mundo para las fiestas! Y...

—¿Qué? ¿Qué iba a decir el patrón?

—Pues que yo seré el Abanderado del primer día.

—¡Eso es! ¡Magnífico! ¡Viva el abanderado!

—¡Que viva!

—¡Que viva!

—¡Cuánta alegría en esta casa! ¡Felices los que tienen tan buen humor!—dijo una voz desde afuera.

—¿Quién es, Mercedes?...

—¡Quién va a ser! Asómese, asómese para que vea quién habló.

—Adelante, señor Cura! ¡Adelante! ¡Conque usted por ahí muy calladito oyendo nuestra charla!

—Sí, señor—dijo el Párroco, entrando sonreído y sacudiendo los pliegues de la ancha sotana negra con ribetes rojos.—Desde aquí estaba escuchando la conversación de ustedes y muy complacido estoy, don Cipriano, con saber que usted vendrá a honrar nuestra fiesta.

—El honor es para mí, señor Cura. Usted sabe, ¿no es verdad? usted sabe que yo siempre he contribuído para esta fiesta. ¿No es así?

—Sí, señor. Pero... bien. Ya que está tan dispuesto a las fiestas de calle, me parece que

sería conveniente que nos diese algo para la de iglesia...

—Por supuesto, señor Cura, por supuesto. Diga usted cuánto desea...

—Eso, no. Yo no puedo decirlo. Cada uno da conforme sus recursos y su buena voluntad.

—¿Diez pesos?... ¿Será poco?

—Eso lo verá usted...

—Tome usted, señor Cura. Esto es lo que doy.—Y, sin contarlo, puso en las manos del sacerdote todo lo que tenía en los bolsillos. Me quedo sin medio, pero... ¡no le hace! No faltará quién preste. ¿No es así?

—Que Dios le pague su generosidad, señor...

—Así sea. Y... ¿qué le parece, señor Cura? También el primer día de las fiestas de calle me toca presidirlo como abanderado.

—¿Sí? ¡Bueno; bravo! Así se hace. Lo que a Dios se da, amigo mío, jamás queda sin recompensa.

—¡Y qué grande es el milagro que Dios me ha hecho, señor Cura! ¡Muy grande!

—¿De veras? ¡A ver, cuénteme!

—Pues... ¿qué le parece? No, si esto lo digo y a veces yo mismo me creo objeto de un engaño. Qué le parece, señor Cura: acabo de llegar de una vaquería. Vea usted cómo está mi traje. Desde las cuatro de la mañana me metí en el monte a vaquear los ganados que tengo por esos lados, que hice meter allá para que la revolución no acabara con todos. Fué un medio desesperado al que recurrí, porque si la guerra no acababa con ellos, los ladrones, que no escasean entre nosotros, como usted lo sabe, se los habrían llevado todos.

Pues bien. Hice mi vaquería, acompañado, eso sí, de buenos vaqueros, y he encontrado hasta algún aumento en el ganado del llano que, como usted sabe, se va por estas épocas a las cimarroneras del Cangrejal. Mucho mostrenco... Como ciento sesenta... ¿Qué le parece?

—Pues, mi amigo, lo felicito. Ya usted vé cómo Nuestro Señor se anticipa a recompensar las buenas obras. Eso es la limosna que usted da...

—Así es, señor Cura, así es. Pero... ¿y usted cree, señor Cura, que yo no creo? ¡Sí, creo! Lo que hay es que yo digo algunas cosas por no dejar, por ver calientes muchas veces a los que quieren darlas de más católicos que el Papa!

XXXII

—¿Sabes que me ha gustado mucho ese final de la carta de Daniel a su padre? ¡Ah! Si yo siento lo mismo. ¡Cómo me gustaría viajar, viajar mucho por esos países que con la imaginación recorro únicamente, cuando pienso en el porvenir, en los días que han de llegar, en que he de ser hombre...

—¡Pobre hijo mío!—exclamó la madre que, detrás del sillón que ocupaba Julio, había oído lo que él decía a su amiga Virginia, que había ido a visitarlo.

—¿Pobre por qué, mamá? Será por lo que estoy enfermo. Pero... yo he de ponerme algún día bueno, y he de trabajar... aunque sea de dependiente en algún almacén de la capital, y de ese modo ahorraré, ¿verdad? ahorraré para el viaje.

—Sí, hijo mío; y yo pido a Dios que te lo conceda. Lo que siento es que mis días están ya avanzados sino, quién sabe si, al contar con los recursos necesarios, también te acompañaría en tu viaje.

—Qué felicidad tan grande, ¿no, madre-

ta? Viajando de ciudad en ciudad, con mi directorio bajo el brazo, diciéndote, por ejemplo: Mira, mi adorada viejecita: este es el Vaticano, donde vive el Sumo Pontífice, a quien hemos de ver de algún modo, antes de regresar a nuestro país. Allá está San Pedro, la gran basílica... Mira, allá la hermosa campiña que baña un sol de oro entre nubes de amaranto y ceniza... Acá el Tíber deslizándose mansamente entre mil puentes... Las columnas históricas... los obeliscos... los palacios... los paseos...

—Sí; hijo mío; ya supongo cuál sería nuestra felicidad... Pero, mira, no es bueno que hables demasiado, porque te debilitas mucho, y tu curación no puede realizarse—ya lo has oído al médico—sino procurando acallar un poco esos vuelos imaginativos; alimentándose bien; respirando aires muy puros y haciendo ejercicios moderados.

—Bueno. ¿Pero y si yo gozo con esos ensueños de mi fantasía? ¿Por qué me ha de prohibir el médico que sueñe? Si es que debo hallar la salud en una inercia completa del espíritu, que lo haga él. ¿No hay por ahí tantas drogas que le suministran a uno para reducirlo a un estado de inacción semejante a la muerte? Que me las dé si es que las necesito; si no, que me deje pensar, que me deje con mis ensueños, es decir, con mis anhelos. Los anhelos hacen sufrir, es verdad; pero otras veces, como me parece a mí ahora, sirven de consuelo a las almas como la mía. Créemelo, madrecita; yo gozo cuando tú estás conmigo, cuando me besas, cuando me

lees alguno de mis libritos. ¡Qué bien me siento cuando, terminadas nuestras lecturas, comienzo a recordar lo que hemos aprendido, lo que le hemos dado al alma en impresiones!

—Bueno. Pero ya iba olvidándome de lo que decías al principio. ¿Cómo es eso del final de la carta de Daniel a su padre?

—¡Ah, madrecita! Eso es lo que quería que oyeras. Qué bonita página, ¿verdad, Virginia?

—Sí, muy bonita. A mí me ha gustado también mucho...

—Léela, vuélvela a leer. Que la siga mamá. Pero, mira, madrecita, siéntate un momento. No estés de pie, que te cansas demasiado.

La madre de Julio, obediente a la amable exigencia de su hijo, tomó una de las silletas que estaban contra la pared, y se sentó a su lado.

—Lee, Virginia, lee...

—A ver... dónde es que está eso... dónde... Aquí. «Yo desearía viajar mucho; desearía anoadar mi espíritu en la contemplación suprema de las obras admirables que el Arte atesora en las grandes capitales del viejo mundo. Pero hoy no viajan sino los afortunados del dólar, los que piensan que las estaciones del tiempo son buenas sólo para vigor de la vida, pero ignoran que el espíritu es luz que se alimenta en la contemplación de las obras que el genio crea, para curar también la nostalgia infinita de los cerebros que se consumen en aspiraciones supremas como lámparas de un altar velado por el dolor de una agonía sin nombre...»

—¿Oiste bien, mamá?

—Sí, hijo; he oído la queja de un alma que sabe sentir. ¡Qué bien dicho!

—¿Te gusta de veras, ese modo de expresar un sentimiento que parece muy hondo?

—Sí, hijo, cómo no.

—Pues me alegro mucho de ello, madrecita, me alegro mucho de ello. Eso que ha leído Virginia es... es la página de un libro que pienso escribir...

XXXIII

A la derecha de la puerta de entrada, sobre una repisa renegrida, entre las reliquias que la Patria ha sabido guardar en acumulación gloriosa, hay un cráneo pequeño, amarfilado, con una de las órbitas rotas, sin una pieza en el maxilar superior, inclinado hacia adelante, y que el tiempo va insensiblemente cubriendo de la pátina amarillenta y lustrosa de los huesos al aire libre. Allí está, cuidado con la veneración de las reliquias, respetado del hombre que, en peregrinación diaria, pasa por delante de él rememorando lo que el tiempo arrasó en su carrera vertiginosamente triste. Una página épica de la historia vive allí, página que sólo leen los sabios, que sólo han aprendido a comprender los filósofos, los hombres que meditan en la vanidad eterna de las cosas.

Aquel cráneo es una enseñanza profunda, una lección de pasmosa elocuencia para los que se acercan a él y le interrogan. El sabe de las glorias humanas como pocos han llegado a saber, puesto que supo conquistarlas; guarda la historia de una época y hace reconstruir

el pasado en el silencio inviolado de la muerte. Lo llevó un hombre que tuvo títulos de gran nobleza, que fué connotado entre los que dieron lustre a un reino de esplendores que no se apagan en la penumbra de los siglos; que fué poderoso en el mundo, y que luego, llevado de heroica resolución y de paciencia santa, depuso los honores, resignó el mando en sucesor también ilustre, distribuyó sus bienes a los desheredados; huyó del mundo; echó a su alma la cruz de la mansedumbre cristiana vistiendo el hábito de Recoletos y en vida de santidad admirable murió el 27 de Abril del año del Señor 1770.

La historia, que no puede penetrar jamás los arcanos de la conciencia, para señalar con precisión los móviles de los actos humanos, se conforma con relatar el hecho de la conversión, sin entrar a inquirir las causas que la produjeron.

Una noche, oscura y lluviosa como son en la mayor parte del año las de la que fué Capital del antiguo Virreinato, regresaba a su palacio, embózado en capa castellana, atravesando callejuelas estrechas y lóbregas, solo, con una pequeña linterna que arrojaba a intervalos rayos mortecinos de luz que alumbraban los peligros de la vía, el ilustre Jefe del Nuevo Reino, a quien su pasión oculta por una mujer de singular belleza obligaba a salir clandestinamente, por puerta reservada, al apartado sitio donde las horas de la noche se deslizaban en las expansiones gratas de un amor vedado. Su compañera única en aquellas nocturnas excursiones, a más de la linterna, era

una tizona de rica empuñadura, de temple fino como las que solían llevar los caballeros a quienes el honor castellano investía con la dignidad del valor antes que con títulos de nobleza lo hiciera el Soberano de la Monarquía de Recaredo y don Pelayo. Sin hacer el menor ruido fué deslizándose su sombra por calles irregulares y estrechas, salvando a saltos los obstáculos que encontraba, arrimándose a las paredes con cautela, cual conviene a los que salen a hurtadillas, esquivando indiscretas pesquisas.

Sacó de un bolsillo la llave, reparó en la cerradura de la puerta y abrió, no sin que chirridos inevitables se hiciesen oír por el hierro enmohecido. Iba ya en dirección de la escalera que conducía a sus habitaciones interiores, cuando notó que se hallaba en medio una luz más intensa que la de su pequeña linterna.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó en un grito desesperado que puso miedo y alarma en la gente del palacio. Cuando volvió en sí, sólo el médico y su confesor velaban al pie de su lecho.

*
**

Una tarde, cuando las sombras iban envolviéndolo todo y la campana del convento, después del toque de «Ángelus», anunciaba con lánguidos acentos la hora del Rosario y de Maitines, dos frailes, embozados completamente recorrían cabizbajos los claustros pesados de sombras que rompían débilmente la luz de una lámpara de aceite colocada en un farol que pendía del arco de un muro.

—Sí. Yo lo ví, y me ví en él—dijo el más joven.

—Anuncios de Dios a las almas, hermano mío—respondió el otro.

—Así es... Y lo que deseo, lo que anhelo, Padre, es penitencia, mucha penitencia, para enfrenar mejor los apetitos terrenales.

—Una carta para el señor Virrey—dijo un fraile que bajó la escalera a toda prisa, alargando la mano para entregarla al destinatario.

—Aquí no existe ningún Virrey, sino un pobre hijo de San Francisco de Asís—contestó el hermano novicio, adelantándose a recibirla. Doblóla por la mitad y la guardó en el seno. Y luego, reanudando la interrumpida conversación, siguió diciéndole al fraile con quien se paseaba: «A todo he renunciado por gracia especial que Dios me ha hecho, y quiero pasar el resto de mi vida en estos claustros santos que el amor a mi Dios ha levantado. Soy oveja extraviada que vuelve al aprisco después de los ataques del lobo.

—Señor, que Dios os conserve siempre la caridad de que dais prueba.

—Así sea, aunque, en realidad, no son los bienes de fortuna los que se sacrifican, Padre; son los de esta carne miserable, albergue de pobre y mañana guarida de gusanos.

Y al hablar así mostró, abriendo el hábito en el pecho, rodeadas de las cuentas de un negro rosario, las desgarraduras crueles de las disciplinas en carnes blancas que iban tomando el tinte marfilino de la muerte.

Al caer de nuevo el escapulario, ocultó las letras iniciales de la marca que llevaba la fra-

neía de seda. Eran las del nombre del Virrey Don José Solís Folch de Cardona, cuyo cráneo, amarillento por la pátina de dos siglos, está, como reliquia inapreciable, entre los rezagos épicos y legendarios que atesora el Museo de la Ciudad de Gonzalo Jiménez de Quesada.

XXXIV

manera
El trasatlántico, en su regreso a Europa, debía hacer todavía escalas en algunos puertos de América. Iba en dirección de uno de los de Colombia, con pocos pasajeros de primera clase, muchos de segunda, y más aún de tercera. Entre los últimos—la mayor parte de los cuales eran restos de Ejércitos que el machete de los filipinos había dejado volver a la madre patria a contar el desastre, había muchos que llevaban, después de la brega desesperada, la esperanza de que la Nación, a pesar de la ruína en que la guerra la había sumido, recompensase el último esfuerzo con una jubilación que les permitiese acabar los días sin las angustias de la miseria. La ley así lo ordenaba, y cuando la ley manda una cosa—pensaban muchos de ellos—hay que cumplirla, aunque las cataratas del cielo vuelvan a abrirse y acaben con la humanidad entera. No les faltaba razón en lo que era de justicia esperar; mas los pobres vencidos no caían en la cuenta de que la infeliz madre estaba exánime y su desgracia pesaba sobre

todos y cada uno de sus hijos, sin esperanzas—a lo menos en mucho tiempo—de una rehabilitación fiscal que permitiese las recompensas que ellos esperaban, en relación de los sacrificios que cada cual había hecho.

—No pienses en eso, Colilla—díjole un día un Capitán del «22 de Numancia».—España está para que le den a ella, hombre! ¿Qué piensas tú?... Y todo lo que tendrá que pagar... Y con sus buques hundidos en Santiago por la traición...

—¡Qué traición ni que nada, Capitán! Es que nosotros estamos pensando todavía... ¡vamos! en la Verbena de la Paloma. ¡Vaya, hombre, si esto es el acabóse! ¿Y todo lo que hemos sufrido...? ¿para qué? Mire usted a mi mujer cómo viene de enferma. ¡Y mi hija!... Mírela con el hermanito menor... Yo creo, ¡Dios no lo permita! ¡que tendré que echarlas al agua!

—Pero, hombre, no lo digas así; repara en que te están oyendo...

—¡Qué! Si yo cada rato se lo digo a ellas. Pero si la enfermedad, como la desgracia, no pueden ocultarse. ¡Vamos!

—Y ahora que regresas a Córdoba ¿qué piensas hacer?—le interrogó otro.

—¿Qué pienso hacer? Pues, hombre, de veras que no lo sé. Será acostarme panza arriba, a esperar que maduren los madroños.

La respuesta, como era de esperarse, hizo reír a muchos, menos a su mujer, que, con el último vástago en las rodillas, parecía hondamente preocupada con los días que llegaban.

—Oye, Capitán Sabueso, de la Patria no se habla como tú lo haces. Si estamos así, hambreados, desnudos, no ha sido por ladrones: ha sido por defender la Patria... ¡Viva España!

—¡Viva!—gritaron algunos de los que estaban en el grupo.

—Eso es lo que se llama patriotismo—observó uno de los pasajeros que había oído la conversación.

—¡Pobrecita!—dijo otro.—A pesar de los trabajos que ha pasado la infeliz, todavía conserva no poco de belleza.

—¡Qué mujer tan grande! Mira, me ha provocado regalarle algo...

—Ni lo pienses, porque no aceptaría nada. Si estas mujeres son así. Es la sangre, la sangre de un pueblo que a todo renunciará, menos a su índole altiva.

—¡Pobre España! ¡Pobre España!—exclamó de pronto poniéndose de pie con el pequeñín en los brazos. ¿Por qué es pobre, vamos a ver? Porque los yanquis, a quienes el infierno se trague, nos han despachado de lo que era nuestro, quiero decir, de lo que era de España. Pues eso tenía que suceder. Muchos lo habían dicho ya. Pero... ¡qué vamos a hacer! Después de la desgracia volveremos a ella, a la Patria, a vivir como Dios lo manda. Pero... no hay que reirse ni que lamentar demasiado nuestra pérdida. Mientras haya españoles, los tocineros tendrán que ver que hay enemigos que los odian, que los odiarán siempre. Y... ¿quién sabe si el bebé éste que llevo en mis brazos, que no mama sino el odio

de su madre a esos usurpadores americanos, quién sabe, digo, si a él le toque mañana humillar la bandera que no parece buena sino para hacer colchones.

—O para mostrársela de nuevo a los Filipinos—dijo otro.

—No; mejor que todo eso—gritó uno desde la proa, que estaba oyendo la conversación,—mejor que todo eso es poner la nuestra como lo hizo Eulate, el gran Eulate, en la bahía de Nueva York... ¡Viva España!

—¡Viva!

—¡Viva!—gritó también el Capitán.—Pero... silencio. Háganme el favor de hacer silencio.

XXXV

Allí está, escrita en piedra, la primera página del descubrimiento del Nuevo Mundo. Allí está, en el fondo de una de las más hermosas bahías, entumecida por el frío de los siglos, cobijándose soñolienta entre los muros que levantó la audacia de la conquista, la ciudad de Colón, el hombre extraordinario que perpetúa su gloria en el bronce que siguen levantando en su honor los hijos de América.

—¡Portobello!—exclamó el genio descubridor de mundos cuando arribó a la hermosa bahía. El nombre, un nombre que nada vale para el poeta, que significa mucho en la vida de la humanidad. Allí está, defendida por los muros que el tiempo sigue royendo sin misericordia, olvidada de los hombres, trémula bajo el peso de las glorias y de las edades. Tiene frío, el frío de las tumbas, y sueña aún con una resurrección no lejana, cuando a sus puertas llegue, con jadeante clamoreo, el ferrocarril que acorta las distancias, que un día llegó a tentarla con sus promesas de reden-

ción, desechadas por la codicia y el sórdido lucro, y suelten el ancla en su rada magnífica los vapores de toda la tierra.

Sí; la comunicación de los dos grandes mares es necesaria. Lesseps, genio vencido, fracasó en la empresa; pero otro ha de llegar sobre sus huellas que realice la obra de redención proyectada. Mientras tanto ella, la ciudad soñolienta, aguarda el día, el día que ha de llegar al fin, y allí, entre sus murallas magníficas y sus castillos formidables, canta un salmo al pasado y preludia himnos de esperanzas al porvenir.

Las olas siguen rompiéndose en sus babilónicos muros, y arriba, en las ventanillas, asoman sus negras bocas de cañones de la fortaleza; otros, tirados sobre el suelo, descansan también de la brega de dos siglos, y en las torrecillas, especie de minaretes pesados, hay todavía restos de fusiles, balas redondas de artillería, pedazos de granadas, eslabones de formidables cadenas, todo lo que fué elementos de guerra en la defensa de la ciudad reliquia. A la derecha de la bahía, un agrio peñón donde reposan los pelícanos atisbando la presa. Un día, bañándose allí, desapareció el hombre terrible: Drake, el pirata inglés que asoló las costas y guardó tesoros en islas desiertas y casi inaccesibles. Sólo allí, en el peñasco bravío, anidan las aves del mar, y en ronda fantástica giran y giran atisbando el cardúmen.

Y la ciudad sigue durmiendo el sueño de las edades, amodorrada en el regazo de sus colinas y de sus bósques, soñando en me-

jores días. Y en sus muros gloriosos, como en lápida en que el tiempo sigue grabando con el buril de los siglos los épicos martirios de las humanas grandezas, parece grabar también las esperanzas de los pueblos vencidos: «expecto resurrectionem».

XXXVI

¡No había esperanza! El médico que la asistía, en su prudencia, llamó a los sobrinos y parientes, y con toda la habilidad que es necesaria en aquellos críticos momentos, les manifestó que la enferma seguía de gravedad, que el mal había avanzado hasta el punto de que la ciencia se creía incapaz de recobrar lo que eran fueros de la Naturaleza, lo que ella misma iba destruyendo en esa lucha cruel en que la vida va paulatinamente llegando a un desequilibrio tal que es imposible, por decirlo así, volverla a sus funciones normales.

La agonía no tardará en presentarse y, en Dios los consuelos que la ciencia se cree incapaz de ofrecer.

—Es mi deber—dijo el galeno a los dolientes—decir a ustedes la verdad.—Siento en el alma la pena de ustedes, a la vez que la derrota que me ocasiona el caso que a mis conocimientos se ha presentado. Pero... ¡qué vamos a hacer! La constitución de la señora, fuerte como pocas, lucha con la edad, y cuando uno llega a avanzar demasiado en la vida,

necesariamente resulta esto. El organismo va agotándose, como un reloj al cual es imposible darle movimientos, porque los resortes se hallan gastados. La señora, por fortuna, se halla completamente en el goce de sus facultades todas. Si ustedes tienen algo que arreglar con ella, bueno es que lo vayan haciendo, porque no creo ya en la eficacia de la ciencia. Así... con disimulo... como quien trata incidentalmente una cosa, pueden ustedes hablarle lo que deseen...

—Doctor... y... ¿se morirá esta noche?

—Tal vez sí, señorita... He observado ahora un síntoma muy grave. Ese hipo... ese hipo no es nada bueno...

—¡Dios mío, qué cosa tan terrible!...

—Silencio... silencio... Cállate. Ella está en todo su conocimiento; y se mortifica también de vernos llorar...

—Yo voy a hablarle al señor cura. Mientras tanto, sería bueno que ustedes la fueran preparando...

—No, yo no me atrevo a decirle nada.

—Yo tampoco.

—Pues entonces, ¿quién?—dijo Adolfo, hermano de Raquel y Laura.

—Pues el señor cura. Que venga... así... como a visitarla... Eso es, y cuando esté con ella, los dejamos solos para que él se encargue de decirle lo que crea necesario...

—Entonces... me voy a hablarle; ¿no es así?

—Bueno. Pero no se te olvide encarecerle que lo haga con prudencia, con mucha prudencia, como quien no quiere decir las cosas...

—¡Avemaría! ¡Pero ustedes sí que molestan con sus necesidades!

—Sí, porque para ustedes los hombres, lo mismo es hacer las cosas bien o mal.

—Vete, Adolfo, hijo, vete a buscar el sacerdote y no hagas más caso a lo que estas niñas dicen. ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Y Adolfo salió, con cara que no era de pascuas, en dirección de la casa cural. Por cuantas puertas pasaba, la pregunta de costumbre no se hacía esperar. ¿Cómo sigue la señora? ¿Cómo está doña Jacinta? ¿Qué tal noche pasó la enferma? Y la respuesta había que darla, quieras que no, aunque el humor del pobre Adolfo estaba, como decían en su casa, en «lo fuerte de la creciente».

Cuando regresó, iba acompañado del señor cura, un buen amigo de la casa, a quien todos en la parroquia respetaban y querían por su conducta ejemplar y por el interés que se tomaba en los progresos materiales de la población.

—¡Ay!...

—¡Ay!...

Y comenzó en crescendo admirable el gimoteo, acompañado de lágrimas y de quejas ahogadas. La enferma no debía saber que lloraban, porque eso era reagravar la pena que la martirizaba. Se andaba con cautela, con la mayor precaución para que el menor ruido no fuese a mortificar a la paciente; mas todo cuidado encallaba ante la inquieta inspección de los ratones, que corrían por la alcoba recogiendo cuanta migaja o desperdicio caía al

suelo, y haciendo ruido cada vez que se escurrían por entre las botellas y frascos de medicinas que, en una mesa angosta, estaban colocados a la derecha de la cama.

—Que vayan a buscar la linaza...

—¡Chist!... ¡chist!... ¡Caramba con Manue-lita, que no puede hablar sino a gritos!

—Laura... Laura...—dijo la enferma con voz trémula.

—Aquí estoy. ¿Qué quiere, tía?

Y a la respuesta, todos o casi todos salieron.

—Hay que guardarle esto al Doctor, cuando venga...

Y los que oyeron, no pudieron menos que reirse, cuando salió una sirvienta con una caja cerrada, que llevó al patio.

—Ahí viene el señor Cura...

—¡Jesús!... ¡Cómo va a ser esto! ¡Quién sabe si la pobrecita no resista la impresión!

—Déjate de esos temores, niña, que primero está la conciencia que todo.

—Así es; ¡pero ay! ¡es que esto es tan terrible!...

—¡Todos hemos de pasar por las mismas! —exclamó don Antonio Riomalo, novio de una de las niñas, a pesar de los cuarenta y algo de adehala que llevaba auestas.

De vez en cuando el pobre señor, empleado antiguo de la Administración de Hacienda, daba sus cabeceadas en todas direcciones, pues el infeliz, por acompañar a la familia, hacía sus buenas noches que no dormía en su cama.

Pasado el acto de la confesión el señor cura se puso, como buen amigo, a consolar a la

enferma.· Obra de misericordia que muy pocos practican, porque eso de hablarles a los que se despiden de la vida, de la misericordia de Dios, es cosa que, valga la verdad, no todos son capaces de hacer.

Terminada la confesión, el sacerdote, siempre llenando su alto ministerio, comenzó a hablarle, como verdadero amigo, en sabias advertencias, de lo que es la eternidad y de la misericordia divina. Y cuando terminó, la enferma, en una exclamación que a muchas interpretaciones pudo prestarse, dijo incorporándose en su lecho:

—¡Ay, Padre mío! La muerte es siempre triste y dolorosa. Y... muy buena, mucho mejor que esta vida ingrata, debe ser la del Cielo. Pero... ay, mi Padre; ¡quién sabe si es mejor esto malo conocido que aquello bueno por conocer!...

Y todo el mundo, hasta el mismo señor cura, se rió de aquella ocurrencia, que fué como una mueca macabra en los umbrales del Paraíso.



XXXVII

—Vea, mi General, ese pobre viejo conscripto es persona que yo conozco no de ahora. Es un honrado padre de familia que goza de buen crédito en el lugar, y yo desearía que... ¡vamos! No que le den libertad, si usted cree que debe ir a la capital con los demás que fueron copados en el alto de «Juan Díaz» cuando el ataque que nos hicieron los revolucionarios de esta provincia; pero sí desearía que le quitasen de los dedos pulgares esa cuerda con que lo han atado a la espalda. Ese es un tormento que no tiene objeto, que repugna...

—¡Eso es! Ahora muy compadecido usted del hombre ese, que es un malvado, un espía de la revolución... Bueno, yo lo suelto; pero usted va en su reemplazo.

—Me parece, General, que mi súplica no da lugar a molestia ninguna. Interesarme por un infeliz a quien conozco, no es desobedecer orden ninguna de mis superiores. Una obra de caridad, de misericordia, estamos todos obligados a hacerla, tanto más cuanto hay en

favor de ese hombre el conocimiento que tenemos de él, que lo abona para que alguna consideración merezca. Yo, General, no he nacido para la guerra, eso es verdad; me sienten, sin embargo, en las víctimas de ella, porque todo lo he perdido en la revuelta. Mi familia no sólo está arruinada, sino proscrita voluntariamente, es verdad, pero, de todos modos, está sufriendo lo indecible, por temor a los vejámenes, a las exacciones de todo género que se han cometido con los que no somos amigos de la revolución. Eso lo sabe usted, y si es que un reclamo como el mío, tan puesto en justicia, se mira como labor malvada de cómplice, yo siento mucho que así se me considere. Pero es que yo estimo los deberes de humanidad por sobre todos los que pueden imponer los de un partido.

—Éso cree usted...

—Y todo el que tenga lástima por el que sufre, tanto más si es un desgraciado como este, en quien no existe la culpabilidad que debiera haber para que se le trate como a un criminal.

—De modo, pues, señor mío, que sólo usted tiene buen corazón y es generoso. Nosotros, los que exponemos la vida continuamente en esta guerra inicua, no tenemos derecho a nada, sino a venir a salvarles a ustedes con sus intereses. Me parece magnífica la pretensión. La ley del embudo, ¿no es verdad?

—General, no se irrite usted; no es para tanto. Todos hemos compartido los azares de la guerra. Yo he estado combatiendo con ustedes. Mi hermano fué gravemente herido en

una emboscada... Quizás a estas horas haya muerto.

—Bueno, ¿y qué? Algo debe hacerse por defender el partido. Yo he perdido tres miembros de la familia, entre los cuales cuento dos hermanos, en el Cauca y el Tolima.

—Pero, mi General, yo soy, con los de mi casa también, voluntario que he visto morir en el combate y silbar muy de cerca las balas. No hablemos de eso ahora, sino de la libertad de mi paisano, el pobre viejo ese que va amarrado que ni un criminal...

—Pero si esta gente no es otra cosa. Criminales, reos de delitos comunes, que lo que merecen es fusilarse como los que despachaba el General Maza en la guerra de la independencia. Donde haya una divisa roja, enemigo seguro. Fuego; y... ¡a ver cómo no! Esa es la orden que he dado.

—Está bien, General, aunque yo no aceptaría la responsabilidad. Pero, mire, General, hágalo por compasión. Démele la libertad al pobre viejo, que yo le respondo, si es que él se ha metido en la revuelta—que no lo creo—de vigilarlo y hasta denunciarlo si no cumple su palabra. Ya usted ve a lo que me obligo, que no es poco; a una cosa que repugna a mi carácter, que no querría hacer nunca...

—¿Con su persona responde usted de que ese individuo no tomará otra vez armas contra el Gobierno?

—Pero, mi General, si es que él no ha tomado nunca parte en ella.

—¡Quién sabe!

—Yo lo sé, y por eso me atrevo a asegurarlo.

—Está bien. He visto que usted sí se interesa por ese sujeto cuando ha venido hasta aquí, en nuestra compañía, en semejante bestia y casi sin montura. Daré, tan pronto lleguemos al puerto, la orden de que le den libertad al viejo. Pierda usted cuidado.

—Pero que lo suelten de los dedos de las manos, General; que lo suelten. Ese hombre va desmayándose de esa tortura. Ya no puede caminar. Tiene una mirada de angustia, terrible.

—¡Nada! Que aguante otro poquito. Hasta que lleguemos... No es más que hasta que lleguemos...

El mar estaba hermoso como pocas veces en aquella época de las lluvias torrenciales. El vapor hacía dos horas que aguardaba, para conducir a la capital los batallones en campaña, que comenzaban a llegar muertos de fatiga, de dolor intenso por ansiedades indecibles.

Comenzó el embarque. Y el pobre viejo conscripto purgaba todavía las últimas horas de martirio dirigiéndome miradas que esquivé muchas veces, tratando de desechar la indignación que mordía mi alma.

—Ahora sí—dijo el General,—que suelten el viejo ese y se lo entreguen aquí al amigo este, que dice será su fiador.

—No, General; pero si es que este hombre se ha metido en algo no debe soltarse—se atrevió a decir un oficial.

—¡Yo sé lo que hago!—contestó el General,

destapando la tercera botella de cerveza.— Suéltelo, y que se vaya.

El vapor seguía balanceándose, recibiendo las tropas, los bagajes, los equipajes, el ganado, todo lo que se creía conveniente llevar como botín de guerra de una conquista incruenta.

Y cuando el viejo observó que todos se habían embarcado ya, inclusive el General, que fué el último, y que los dos únicamente nos quedábamos en la playa, sin saber a dónde volver, por los peligros que seguíamos corriendo, se postró delante de mí, y me dijo con voz temblorosa: «Dios se lo pague, compadre, Dios se lo pague.» Y viendo al vapor, que comenzaba a aumentar su velocidad por instantes, continuó, señalándolo con una mano: «Pero a ese, a ese que va allá, que me »ha tratado tan mal, a ese, compadre, yo no »lo perdono todavía. Y si algún día cae en »mis manos, que se prevenga, porque lo que »es a él...»

—Nada, usted no debe pensar en venganza. Olvide todo, y acuérdesese de que es cristiano...

—¡Ay, compadrito, eso es cierto! Pero, mire, mire usted...

Y me mostró las manos hinchadas por la tortura de la cuerda y la espalda con las equimosis de los golpes inícuos.

XXXVIII

—¡Qué día tan lindo! Hoy sí que convida a estarse una un rato bajo los pinos, mamacita. ¿Quieres que vayamos? ¡Y el baño! ¿Qué me dices del baño? Hay un sauce en la orilla que da un sombrío delicioso. Sí, mamá; vamos ahora temprano, porque después... ¡quién sabe! Puede llover, no ves, mamá, puede llover como el otro día.

—Sí, ahora vamos, en cuanto me desocupe un poco. ¿No ves que papá puede llegar en el tren de las nueve? ¿Y qué diría sino nos encontrase en la casa?

—¿Qué horas son entonces? Mira tu reloj, mamá, a ver. Porque si llueve...

—Espera, hija, espera. No seas impaciente, que los niños impacientes son insoportables a veces.

—Pero, no ves, mamá, que el sol está calentando mucho, y después... viene el agua. Papá dice que cuando los días son así es señal de agua temprano. Mira: una... dos... tres nubes. Y aquella que viene atrás grandota, está poniéndose oscura. Señal de agua. ¡Ay, cuán-

do se acabará el invierno! A mí sí que no me gusta el invierno. Es tan triste el invierno, ¿verdad, madrecita?

—Sí; pero es necesario. ¿No ves que si no fuera por el agua no habría buenas sementeras, ni leche, porque el ganado entonces no tendría qué comer?...

—No, mamá; si yo no digo que no llueva; yo lo que querría es que no lloviese tanto, porque tiene una que estarse encerrada, jugando en la alcoba, y es que a mí me gusta también salir a los llanos a pasear, a correr detrás de los terneros. ¡Ay, mamá! ¿Has visto el hijo de la vaca negra? ¡Qué bello! ¡Conque ayer me le acerqué, y le extendí la mano, y se me fué acercando, y me la lamíó!

—Pero, cuidado con hacerlo otra vez, porque esos animalitos, aunque son mansos, a veces les dan a los niños un *tope* y les hacen daño.

—Pero a mí no me hace nada, porque me conoce. Si vieras cómo me busca, y cómo se viene pasito a poco, y me huele. Entonces yo le hago cariños. Y conque a Mario no lo puede ver. Los otros días le trató de embestir. Pero es que a Mario también le gusta molestarlo.

—¿No ves? Si es lo que te digo. A los becerros no hay que tenerles mucha confianza, porque cuando una menos piensa, le dan una cabezada.

—¡Pero si es tan mansito, mamá! Te digo que es tan mansito...

—¿Y no quieres bañarte hoy? Vamos al

río antes de que llegue el tren. ¿Tu sombrero? ¿Dónde está tu sombrero?

—Lo tengo con flores para hacer un ramo. Lo que me falta es una cinta... Mamá, ¿me das una cinta?

—Sí; pero cuando vengamos del baño.

Y bajaron a la carretera, y se internaron por el bosque, donde las palomas revoloteaban diciendo su canción a la mañana alegre con aromas de rébol, de vida renovada y palpitante.



XXXIX

—Es necesario que se vayan acostando, porque hasta que no estén todos dormidos no viene el Ángel de la Guarda, a traerles los regalos. Isabelita, Maruja, Miguel, Antoñito, a acostarse todos muy formales. ¿Ya rezarán sus oraciones?

—Sí, mamá.

Y recibida la bendición, todos fueron a recogerse muy contentos, aguardando los preseñtes que los ángeles debían traerles en la noche de las alegrías inocentes. Y luego que estuvieron dormidos, comenzó la distribución de los regalos que el Niño Dios enviaba, atados con cintas de seda, a cada uno de los pequeños de la casa. Una muñeca de celuloide para Carmen; un vestido de paño gris y gorra de marinero para Antonio; las botas de charol para Eduardo; para Maruja, un traje azul con gasas blancas; para Miguel, una pelota de caucho con la correspondiente raqueta; para Julio, el más pequeñín, el amigo de las confituras, un frasco muy bonito de ciruelas cristalizadas... Sobraba otro regalo,

un polichinela que movía la cabeza a todos lados como saludando y haciendo muecas que provocaban a risa.

—Dejemos este para Gonzalo—dijo la madre.—Pobrecito; nos habíamos olvidado de él.

—Sí; que sea para Gonzalo—asintió la hermana de doña Aminta, ocupada también en la tarea de la distribución.

Gonzalo era también un niño huérfano a quien doña Laura, su tía, había recogido en la desgracia, cuando sus padres murieron. Ella se creía más obligada para con él, que cualquiera otro de sus parientes, y así fué que se constituyó su madre suya desde que contó dos años.

Momento feliz aquel, en que parece renacer lo que ya se fué en las lejanías que ocultan los años y las transiciones de la existencia, en que nueva sangre circula repentinamente por las venas de los que van llegando a la jornada que debe cumplirse, y en que las alegrías de la inocencia parecen bullir en el fondo de las tristezas íntimas, de los pesares que gravitan en el alma con el ritmo salmódico de las hojas que, secas por el invierno y el sol, giran en rededor del tronco añoso.

La campana de la catedral dió el primer toque, alegre como una canción en las sombras, y tiples y guitarras de los trovadores nocturnos parecieron alegrarse más aún con la solemne señal de los sagrados bronces.

—¡Primer repique!—dijo doña Aminta.—Los que van a misa, que se vayan preparando. Yo me quedaré en casa, y oiré la de cinco en la parroquia.

Y todos, con excepción de los niños y de doña Aminta, con lo mejor de vestir, se fueron a la misa del gallo, que iba a decir el señor Obispo, acompañado del Deán y demás dignidades eclesiásticas.

«¡Gloria in excelsis!» ¡Las doce! La ciudad pareció despertar completamente de un sueño, y violines y flautas y acordeones y guitarras comenzaron alegres a saludar la hora divina en que el Hijo del Hombre llegó de los Cielos con los atavíos de la pobreza humilde a levantar en el mundo la Cruz, áncora de salvación del humano linaje. El poema que escribió la sangre divina iba a realizarse para bien de la tierra, el valle fecundo del dolor y las lágrimas.

«¡Gloria in excelsis!» Las puertas del Cielo se han abierto, y el hombre asciende por la escala de Jacob, dejando en el estercolero de su impotencia, sus miserias, y canta el himno del triunfo con las alegrías santas del Profeta.

«¡Gloria in excelsis!» Los niños se despiertan y sonríen, y sus palabras se alegran en ellos. El himno del triunfo resuena en todas partes. La gloria de Dios se convierte en un acorde magnífico, en el aroma que lleva siempre la humana plegaria.

La Virgen es feliz en el pesebre con su Hijo. El Santo Patriarca le acompaña, y un buey y un asno—el trabajo y la paciencia—están allí, adorando al Dios de Israel vaticinado por los Profetas. La estrella misteriosa alumbra el sendero de la Humanidad, que seguirá en su incansable peregrinación postrán-

dose a los pies de Cristo. Las profecías se han cumplido, y los hijos del dolor continúan, y seguirán hasta el fin de los tiempos, yendo a esa cuna que encierra todo el poema de las consolaciones infinitas.

El mundo se estremece de alegría, y los niños, la parte mejor de la humanidad, cantan las glorias del que comenzó igualándose a ellos para sellar la Redención con el dolor sobrehumano del Calvario.

¡Hosanna!—claman las Gerarquías del Cielo; y el hijo del dolor, el hombre miserable, hace eco a la alabanza estremecido de gozo.

¡Aleluya!

¡Aleluya!..



XL

Con capa negra, guarnecida de dorados galones, el señor cura, de pie ante el túmulo o catafalco que en el centro de la iglesia se ha levantado para conmemorar los días consagrados a los fieles que murieron en el Señor, dice los responsos que mandan sus feligreses. El acólito que lo acompaña contesta a las deprecaciones, en latín también, y cada rato hunde en la caldereta del agua bendita, el hisopo, para los indispensables asperges.

La iglesia parece un cementerio. Sobre las losas del pavimento, que indican dónde están enterrados los restos de amigos y deudos, hay paños mortuorios, y en cada extremo una luz, que no deja apagar la caridad del deudo que está allí, llorando casi siempre, sobre las cenizas de los que fueron.

Pasada la novena, en que se cantan versos de una desolación tristísima, vienen las paces por cada uno de los que yacen en la paz de la muerte.

—Un responso cantado, por el alma de mi padre.

—¿Cómo es el nombre?

—José Dolores.

—Otro, señor Cura, por el alma de mi hermano Ricardo.

—Otro, rezado, por Margarita López.

Y aquello es interminable. Pero la piedad, el amor de los vivos no se ha extinguido por los que precedieron en la larga jornada, y entre el canto y los gemidos del violín y los dobles vibrantes de las campanas, se oyen gemidos ahogados, hondos lamentos de los deudos, que renuevan el dolor de la ausencia eterna con demostraciones visibles de un amor que vive a través de las lejanías del sepulcro. Sí. El amor es más poderoso que la muerte. Ella no es término fatal a que llegamos, convertido en pavesas del espíritu. La muerte santifica aún más los vínculos de la vida, los hace más estrechos y más puros. Luego la razón de ese amor dice elocuentemente que no perecemos del todo en la inercia del polvo. Lo mutable sigue vida de renovaciones incasantes en el laboratorio de la naturaleza; ¿por qué la luz, lo intangible en el hombre, ha de apagarse en el aniquilamiento absoluto? La oración es piedad que consuela. ¿Por qué hemos de vivir engañados si la mentira no tiene sino el vacío de las pesadumbres infinitas? La oración es consuelo; la oración redime el alma de sus miserias y tristezas, porque el que ora espera, y la esperanza es rocío que no deja morir la fe en las tribulaciones de la lucha continua.

—¿Quién llora?—dice el señor cura, que oye cerca de él ayes y quejidos.

—Su señora madre, señor, su señora madre. Ahí está la pobrecita al pie de la lápida de sus padres y de sus hijos. No quiere quitarse de allí, por más que se lo he rogado.

—*Ne recorderis peccata mei, Domine...*

Y la voz del sacerdote fué poniéndose balbuciente; su rostro se contrajo en una expresión de dolor inmensa, y las lágrimas empañaron los cristales de los anteojos, que tuvo que quitarse para limpiarlos con el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la negra sotana.



XLI

Con cualquier pretexto los dueños de la casa se reunían en la sala principal, y la pobre muchacha, que no se hacía rogar para exhibir habilidades de artista, salió al centro del círculo que se le formaba, tomaba las actitudes de una comparsa de zarzuela, y... allá te van trozos, disparatados con música de los maestros que se dedican, como dicen los revisterios, al género chico, trozos que siempre andaban acompañados del indispensable baioteo, haciendo reír a cuantos la miraban. Verdad que la desgracia (la vocación, decía ella), la había llevado a formar parte de los coros que tenía una regular compañía que trabajaba en el Municipal, y que allí aprendió, de cada una de las en que le tocó representar, un trocito cualquiera.

Y cogiendo de aquí, cogiendo de allá, su memoria era un pequeño arsenal revuelto en que todo se confundía, saliendo en el más lamentable desorden cuando se la obligaba, con súplicas y ruegos, a sacudirse de lo lindo apenas comenzaba la entretención nocturna.

Unas veces era juego de prendas; otras, charadas representadas, o, lo que gustaba más por lo general, el del barco cargado de especies que debían ser indispensablemente de las que comenzasen por una inicial, que indicaba casi siempre la persona de más respeto.

Y Margarita, cante usted ahora algo de «El Rey que rabió»; ahora de «Los Cocineros»; ahora de «Mascota», aquello era para un rato de buen humor, porque no había nadie que no se riese de veras cuando la infeliz muchacha daba rienda suelta a sus aficiones artísticas. Ella quedaba complacida con que la sollicitasen siempre, y nada se le daba con las risas y bromas de los que la escuchaban, por más intencionadas que fuesen. Mal que bien, ella creía salir siempre airosa de su cometido, y, pensaran lo que quisieran los que la escuchaban, ello era que más de un aplauso se le había tributado en el teatro cuando, con sus otros compañeros, había bailado el boleó o cantado aires de la madre patria, rayos de sol que se entraban en las sombras oscuras de su vida errabunda.

Una noche, que se puso a cantar un trozo de «El Anillo de hierro», se le anudó la voz en la garganta, y comenzó a llorar repentinamente.

—¿Qué le pasó, Margarita? ¿por qué llora?

—Nada, mi señora; fué que...

Y volvió a llorar de tal modo, que obligó a decirle que se sentase y que no cantaramás.

Tan repentina mutación, que no dejó de hacer reír a algunos de los que allí estaban, fué, sin embargo, la conclusión del entretenimiento.

miento. Todo el mundo calló, y la señora de la casa, conmovida sin duda por el repentino cambio, pronunció algunas palabras de compasión, que fué golpe de gracia para que el llanto desbordase en raudal incontenible.

—Pero, ¿por qué llora?

—¡Pobrecita! Es una historia, la historia de ella misma, que ha vuelto a recordar en este momento. Ella es muy complaciente, canta de todo lo que sabe, menos de esa zarzuela, que le hace recordar días muy tristes.

—¿Cómo así, señora?—preguntó uno de los que más había reído al ver llorar a la pobre muchacha.

—Pues es que esa muchacha, ahí donde ustedes la ven, tiene, como digo, su historia, una historia muy triste que siempre se la recuerda el canto que acaba de decir.

—¡No diga usted! ¿Conque una historia? ¡Pobrecita!

—A ver, y ¿cómo es esa historia, mi señora Rosalía? ¿Sabe usted que ya he comenzado a interesarme por la chica?

—Margarita...

—Señora...

—Vete para fuera. No seas tonta. ¿Hasta cuándo has de estar con tus niñadas, llorando por cosas que ya no merecen la pena?

—Pero si yo no tengo la culpa... su mercé ve bien que siempre estoy dispuesta a complacerla...

La muchacha bajó la escalera que daba al primer patio; el tiple y la bandola se pusieron en un rincón de la sala, y doña Rosalía comenzó diciendo a los amigos que habían

ido a visitarla: Pues esta pobre muchacha, que canta tan regular, como ustedes han oído, tiene su historia, según ella misma me lo ha referido, que sí es de veras tristonaa, lo cual me hace tenerle no poca lástima e interesarme por ella. Hace más de un año que me acompaña, y, hasta ahora, nada de ella me disgusta, a no ser ese carácter demasiado alegre que tiene, que la hace no atender al servicio con el cuidado e interés que son indispensables. Sin embargo, yo le perdono muchas cosas, porque veo que son propias de la edad y de su carácter, naturalmente expansivo y alegre. Ella no es de aquí: es brasilera.

—¿Brasilera? Será quizás la única mujer de ese país que haya entre nosotros.

—Tal vez no. Pero, de todos modos, es la única que, a lo menos aquí, hay de aquella tierra. Estaba muy pequeña—dice ella—cuando un día en que jugaba en una alameda de pinos que, según entiendo, era una especie de parque que conducía a la calle donde vivía, pasaron unos acróbatas, los cuales supieron conquistarla, y se la robaron.

—¿Se la robaron? ¡No diga usted, Rosalía! ¿Conque esa es la historia de la pobrecita?

—No. La historia apenas comienza ahí. Ello es que desde entonces la pobre criatura, privada de sus padres, de quienes apenas conserva un recuerdo muy vago, comenzó a sufrir lo que ya podemos suponer, obligada a trabajar para ganar solamente lo indispensable a la vida. La compañía que se la robó vino a Bogotá hará cosa de diez o doce años, donde la muerte se encargó de disolverla, quedando la

infeliz criatura abandonada completamente. La caridad la recogió. Estuvo los primeros años en el Hospicio, de donde no salió sino a una casa de familia, que acabó de criarla. Y cuando estuvo grandecita, pagó con una madrugada, como decimos, y una noche, muy contenta y satisfecha, apareció en las tablas del Municipal cantando en los coros de la zarzuela. Pero la compañía, como sucede siempre, se disolvió, y a más de cuatro miembros que quedaron rezagados les tocó ir a vivir como esta muchacha. Yo la recibí, y desde entonces me acompaña.

—¡Y cuántos desheredados de la suerte habrá por el mundo como ella!—exclamó uno de los oyentes.

—Mas... no es eso lo raro—dijo otra de las señoras.—Lo raro es que, a pesar de ser tan alegre, se conserva juiciosa y tiene buenos modales.

—Es que la desgracia imprime a veces en el carácter cierto sello de personalidad que amcritan los actos de uno.

—Sí. Pero hay que convenir en que eso es muy raro.

—Así es. Pero no es menos cierto que la voluntad no es esclava del medio.

Y la conversación fué degenerando poco a poco en opiniones que tenían su tinte de filosofía cristiana y no poco del determinismo lombrosiano, hasta que Margarita, enjugados los ojos, volvió a la sala, rogada por todos, sonriendo, para comenzar a cantar, entre sonrisas que dejaban mirar una dentadura apretada y hermosa, aquello «El anillo de hierro»:

Estaba Margarita
sentada junto al mar.....

Y no faltó algún bromista que, haciendo justicia al desparpajo, le gritase, quitándose el sombrero y echándolo a los pies de la muchacha: ¡Olée! ¡Viva tu mare!



XLIII

Algo seguramente del sermón quedó alleteando en la memoria de la niña con esas vaguedades indecisas de los sueños que nos agradan, y que muchas veces, por más que tratamos de reconstruir las impresiones, se desvanecen como giros de niebla que el sol y el viento desparraman apenas amanece.

Ella había prometido no dormirse, estar muy formal y, salvo alguna que otra cabeceada a la mitad del sermón, oyó bien la misa, estimulada por la promesa de que seguirá yendo a la iglesia si no le pasaba lo que otra vez, en que no esperó siquiera el Evangelio para dormirse, con lo que ocasionó no poca pena a su madre.

Aquel domingo la Iglesia festejaba el día de una de sus más grandes celebridades. Columna firme de la Cristiandad en las épocas medioevales en que la barbarie llenó de sombras el mundo, y las artes y ciencias, como aves asustadas, se refugiaron en los claustros, de donde salieron después a iluminarlo con luces más intensas, el Santo Fundador de Orden

excelsa merecía la alabanza que, en elocuentes rasgos, trazó ante auditorio numeroso el orador sagrado. Hijo de la Orden era el joven predicador que por primera vez ocupaba la sagrada cátedra, y aunque bien se echaba de notar que ciertas divagaciones y timideces eran propias de inexperiencia en el arte difícil de la oratoria, también cualquiera podía descubrir madera, y de la legítima, de que se forman los verdaderos predicadores.

Comenzó por las excelencias de la creación, y al descubrir el Universo para hablar de las leyes que lo gobiernan, lo hizo con tal acierto, con tal viveza de realce y colorido, que conmovió hondamente a su auditorio. La Creación, la Redención divina, la santa institución de la Orden: ¿qué más asuntos para el que sabe profundizar las cosas y hablar el lenguaje sencillo que interpreta las maravillas de Dios?

Breve fué la oración, mas hondos pensamientos se levantaron en las conciencias, y el tema siempre nuevo del fin del hombre y de su misión en la tierra quedó una vez más planteado y resuelto a la luz indeficiente del dogma, de la verdad absoluta.

Con verbo que siempre se encumbra, que vuela allá, más allá de la órbita sensible de la vida en sus múltiples manifestaciones, trazó las excelencias de la Orden, sus prerrogativas y gracias. Y el mundo exterior, el cosmos, el universo todo desfiló ante la magia de la palabra con sus encantos infinitos.

La niña, que se había dormido, despertó cuando el sacerdote descendió del púlpito y la gente comenzó a arrodillarse. No había oído

todo el sermón, pero seguramente en su cerebro, como notas perdidas, habían seguido vibrando algunas palabras con su sentido vago y misterioso: polvo dorado de alas de mariposa que se hace impalpable en el espacio, pero que tiene su valor real y preciso en el mundo maravilloso de lo infinitamente pequeño.

*
**

La madre había salido a pasear aquella tarde de hermosos crepúsculos, y la niña iba en su compañía, contenta con los raudales de tibia luz, que daban a su cabellera el tinte bronceado que ponen los pintores a los ángeles de sus cuadros. A cada rato se detenía para coger una flor, para espantar con una piedra los pajaritos que ya empezaban a refugiarse debajo de las hojas de los árboles. El cielo comenzaba a estrellarse, y en el fondo de una nube opalina apareció la luna nueva.

—Mamá—dijo la niña.—¿Ves? Allá...

—Sí—contestó la madre.—La luna nueva.

—Mamá, ¿sabes de qué me he acordado ahora?

—No. Vamos, ¿de qué te has acordado?

—Pues me he acordado del sermón que dijo el señor Cura esta mañana. ¿Te acuerdas? Mira, mira qué linda.—Y mostró la luna.

—La luna, mamá, que es el recorte de una uña del Papá Dios...

XLIII

Las trompetas, hechas de hojas de palma real, atruenan donde quiera. Es obligación, impuesta por santas tradiciones, que aquel primer día de la Semana Santa los niños, sin excepción ninguna, tomen parte muy activa en el homenaje que los cristianos rinden al Hijo Divino de David, a Cristo Señor Nuestro.

Inaugura la iglesia la conmemoración de los sagrados días con la entrada triunfal del Mesías a Jerusalén, y los niños, que fueron siempre amigos de Jesús, le rodean gozosos, cantando y celebrando a su manera la venida del que fué amigo de ellos, y los sentó en sus rodillas, y los bendijo con caridad inmensa cuando se le acercaban.

«Dejadlos venir a mí». Y los inocentes se iban detrás de El, atraídos por el misterioso impulso de aquella fisonomía divina, y muchos de ellos fueron tocados en la cabeza y bendecidos.

Sinete parvulos venire ad me... Bienaventurados los que no tienen graves cargas en el corazón.

Y los niños, los inocentes, tenían mejor derecho, por lo mismo, de acercársele a El y tocar sus vestidos y besar las manos.

La noche del sábado ha permanecido en la capilla, bajo solio de seda con recamados de oro. La piedad, una vez más, le ha acompañado con la oración y el recogimiento. Los niños duermen, pero aguardan el otro día en que irán con sus padres a la procesión, y muchos dejan a medio concluir las trompetas de hojas que va a solemnizar, con sus variadas voces, el paso del Señor de la capilla a la iglesia. Ellos no se dan cuenta del papel que desempeñan en la solemnidad del día santo. Sólo saben que el Señor ama a los niños, y que, como tales, tienen el derecho de una participación activa en la solemne ceremonia. Y unos con ramos amarillos de palma, adornados con cintas, otros con las trompetas hechas de la misma hoja, todos van, con el vestido limpio y el corazón rebosante de alegría, a la procesión, que va a tener lugar por las calles que conducen de la iglesia principal a la capilla. La ermita, dicen todos, porque es pequeña, no hay en ella sino un altar, y está vecina del cementerio. Tiene un verde altozano, cuya grama rumbían siempre fatigadas acémilas, y desde donde la vista, sobre todo en la época del verano, se pierde en lejanías azules, allá donde terminan los bosques y principian los linderos del mar, del mar cuya voz en las silentes noches, se hace oír como si fuera eco de truenos lejanos.

De capa y bonete va el sacerdote, acom-

pañado de los cantores de la iglesia, entonando himnos al Señor, que recorre las calles, en la enjaezada borrica, hasta «la Puerta de tierra», donde el monte se abre para darle paso, después de ritual ceremonia, y seguir bajo palio recamado de seda y oro, hasta la iglesia, donde las campanas no cesan en su alegría viva e intensa.

Y los himnos sagrados se pierden en el estruendo de las trompetas de palma; y el olor del incienso se confunde con el de las flores que arrojan al Señor a su paso; y la oración se recoge para que la alegría desborde; ya que en los días que vienen han de privar la meditación y la penitencia. Pero los niños van siempre rodeando al Señor, atraídos por divina fuerza; y cuando lo ven otra vez bajo su solio de oro y seda, con los pies sobre el cajón de púrpura, van llegando a él uno a uno, y se arrodillan en profunda veneración, y van besándolos en la prisión de la rica sandalia donde exhalan olores de *suches*, de jazmines y rosas.



XLIV

—Sí; todos mis profesores, decía el pobre estudiante, todos mis profesores creen cumplir una obra de misericordia teniéndome indefinidamente confinado a estas aulas que, si bien es verdad me inspiran respeto y profundo cariño, ya van haciéndoseme pesadas y aburridoras. Hace doce años que comencé mis estudios de medicina, y apenas veo la esperanza de graduarme, pues en todos los exámenes me aplazan en uno o dos cursos. Y vuelta a rumiar, como animal paciente, a Yéclard y Sappey. Esto es para desesperar a cualquiera. Por fortuna, la paciencia, que hoy más que nunca comprendo es una virtud excelente, sino la mejor de todas, no me abandona. Y si esto me pasa en aquellos, ¿qué esperanza puedo tener de salir airoso en las clínicas con un profesor tan descontentadizo y exigente como el que nos ha tocado? El *buey*, el *buey* me llaman profesores y condiscípulos; mas me importa su mofa lo que al Emperador de la China o al Pachá de Persia la política de nuestro país. Algún día, aunque sea de lástima, he de recibir mi grado, y entonces...

—¿Y entonces qué? Vamos a ver esos planes para el porvenir, querido condiscípulo,—le decía alguno con maliciosa reticencia, puestos el delantal que asemejaba a carnicero, preparándose a las disecciones con esa irreverencia habitual de los que embotan el dolor a fuerza de repetir los mismos actos en el cuerpo de los que van cayendo segados por la muerte.

—Pues entonces... Pero ¿qué les importa a ustedes lo que haga o deje de hacer? Lo único que les digo es que no siempre los más inteligentes son los más afortunados. Cuántos sabios ha habido que fueron, en su vida de estudiantes, pobres seres que devoraron amarguras crudelísimas, y que llegaron, a fuerza de santa perseverancia, a ser verdaderas eminencias. El día que me gradúe me iré para mi tierra, a vivir una vida ignorada, como conviene a la humildad de mi posición social, mas no dejaré por eso de estudiar mucho, libre del peso de las aulas, y quién sabe, quién sabe si el porvenir reserve algo a los que no han perdido la fe en las promesas que se han hecho a los humildes...

Y aquellas palabras, que tenían indudablemente un fondo riquísimo de resignación y de fe, eran acogidas por lo regular con chistes y sarcasmos que a cualquiera habría desconcertado. Y él mismo se reía a veces de la crueldad con que era tratado, y esa bondad ingénita de un espíritu resignado, era lo que constituía en él la fuerza de una perseverancia acrisolada, la fe profunda en la vida. Su organización, por otra parte, que era un ejem-

pló elócuente de poderosa energía fisiológica, le alentaba más que todo a continuar la lucha constante, a confiar en los cambios de la suerte, que otros quisieran vencer con empeños inútiles. Los espíritus desequilibrados—pensaba él con frecuencia—sólo alcanzan en la vida triunfos pasajeros y efímeros. La paciencia, acompañada de la perseverancia, es la que triunfa al fin en la lucha constante.

Y él era de una complexión envidiable, de una salud a toda prueba, como se había visto en su larga vida de estudiante. Cuántos condiscípulos suyos, ejemplos de consagración y de inteligencia, casi terminada la carrera, aplaudidos de sus profesores, alegres en sus glorias, habían caído repentinamente, cuando la vida no tuvo para ellos sino halagos y esperanzas risueños! ¡La vida es tan instable y los arcanos del porvenir tan ocultos!

Y aquella convicción que no dejaba de tener sus ribetes de consoladora filosofía, le obligaba a proseguir resignado la vía ingrata que le señalaba—en sinuosidades siempre oscuras—el término de sus sufrimientos, de sus esperanzas halagadoras.

Y el día que recibió el diploma que lo acreditaba miembro del Cuerpo médico de su país, reunió en su casa a la mayor parte de sus condiscípulos, y los obsequió, como es costumbre en aquellos casos. Y cuando algunos le preguntaron qué dónde pensaba establecerse para el ejercicio de su profesión, les contestó con cierta ironía en que se transparentaba la intención graciosa de una humorada: «No lo sé todavía. Por ahora lo que pienso es

irme a estudiar, entre los indios que pueblan mi comarca, ciertos medicamentos que ellos aplican con buen éxito en muchas enfermedades que a nuestros sabios ponen de mal humor en su tratamiento. Todos somos hijos de Dios, amigos míos, y El a nadie rechaza de su lado. Yo seré el último de todos; pero es que no siempre los que se sientan a la mesa con el Maestro son los únicos predilectos. La mujer que enjugó sus pies con los cabellos, después de ungirlos con perfumes de nardo, llorando sus miserias, fué la que obtuvo gracias y misericordias que no supieron aprovechar algunos de los elegidos...

Y todos los condiscípulos que con él estaban, ante la inesperada indirecta, se vieron las caras, y en algunas de ellas hubo tintes que no fueron las de las rosas pudibundas que cantó el poeta.



XLV.

—Otro caso de beri-beri—dijo el Doctor después de la auscultación minuciosa y de las preguntas del caso. Está visto que el oficio de esta gente, de suyo árduo y peligroso, los predispone, como causa principalísima, a contraer la enfermedad. Son varios ya los casos que se me han presentado, y en todos o casi todos he observado que la misma causa viene originándolos.

Y después de hacerle al paciente un examen sobre el régimen de vida que llevaba, y hasta de antecedentes en su familia, para con mayor certeza poder hacer las prescripciones el enfermo, a pesar de la fatiga que decía sentir, ocupó el asiento que se le señalaba, y comenzó a hablar de su vida, en la cual había no poco de amargas tristezas y de esperanzas deshojadas. Después de un trabajo impropio de muchos años en que continuamente estuvo exponiendo la vida, como consecuencia natural del oficio a que se había dedicado, ahora se veía no sólo enfermo, sino, lo que es más cruel aún, en la cárcel, donde se le

tenía muriendo, hasta purgar el delito de que era convencido reo. ¡Tres años de presidio con la conmutación correspondiente! Tres años para él, un viejo enfermo, era tanto como haberlo enterrado vivo, puesto que ya serían pocos los días que le restaban. ¡El presidio y la enfermedad! Ah, y qué pocos eran los que se compadecían de él en aquella prisión horrible en que se iban apagando lentamente sus días como luz combatida por ráfagas intermitentes.

—Sólo el doctor—decía,—sólo el doctor que nos visita tres veces en la semana, es el amigo con quien contamos los presos. A veces nos da su limosnita, y nos cura con interés que todos le reconocemos.

—Bueno—dijo el doctor repentinamente.—¿Cómo va esa tos? ¿Le han sentido las cucharadas? ¿Las toma como está indicado en la botella?

—Sí, señor. Ya las tengo casi acabadas. Un poquito más de apetito... He dormido algo también... ¡Pero ay, doctor! Si usted me diera otro remedio que no fuera tan malo... Mire usted que es para hacer reír a cuantos me ven tomarlo. Y a pesar de que me lavo bien la boca, siempre el maldito olor que no se me quita en todo el día.

—Eso es lo de menos—replicó el doctor sonriéndose.—Lo que importa es ponerse bueno... Y ya, por lo que veo, la mejoría va siendo cada día más segura...

—Sí, mi doctor. Sin embargo, la otra es la que no llega nunca. El abogado dice que me sacará libre, porque lo que se está haciendo

conmigo es una injusticia; pero... ya ve usted. Todos los días me dice lo mismo, y pasan los meses, y yo todavía en la cárcel. Y como estoy enfermo, y de mi casa es muy poco lo que pueden mandarme, mi defensor no se afana ni mucho ni poco por verme libre.

—Pero... ¿cómo es eso? ¿No decía usted que lo habían condenado a tres años de presidio?

—Sí, señor; a eso se me condenó en la primera instancia; pero como la sentencia fué apelada...

—¡Ah! Sí; entiendo.

—Ahora lo que falta es que el Tribunal confirme. En esas estamos; mas, por lo que veo, el día que vayan a decirme que ya puedo salir de la prisión, porque estoy libre, será cuando tengan que sacarme para el cementerio...

—Pero... dígame una cosa: ¿Es cierto que entre ustedes, los buzos, hay la costumbre de hurtarse las perlas, tragándose las?

—Sí, señor; eso es tan cierto como ser ahora de día. Por eso tienen que estar, cuando comienza el trabajo de abrir las conchas, con cuatro ojos como se dice, porque al menor descuido... ¡zás! adentro. Yo conozco varios compañeros míos que han hecho sus buenos realejos con ese procedimiento. Y lo que ha de ver usted, señor doctor, es que nosotros, los que estamos pobres, somos los que venimos a pagar por los verdaderos culpables. Si yo hubiera robado, mi doctor, no me hallaría tan mal como estoy. Usted bien sabe que desde que estoy preso vivo casi únicamente de la caridad.

—Bien, ahora puede irse. Dentro de dos horas mandaré los remedios para usted y los demás compañeros.

—¡Gracias, señor doctor!

Y retirándose al saloncito de consultas, donde lo aguardaban otros infelices de la clientela, el doctor, que iba pensando en la suerte del infeliz preso, exclamó con amarga sonrisa: «A ese desgraciado lo manda la Justicia, señora omnipotente e inexorable, a que se muera, a pesar de no haberse probado su delincuencia... y a otros, sobre quienes recaen razones muy poderosas para tenerlos en el presidio, por ahí muy tranquilos, gozando de la satisfacción que les proporcionan la venalidad y las influencias de todo género...»

—Así es, doctor, así es—dijo uno de los pacientes. Pero no hay que decir nada, porque...

—¿Por qué?—dijo el doctor, cohibido un poco por la observación.

—Porque, doctor, las ventanas tienen ojos y las paredes oídos...



XLVI

Doña Basilisa era lo que, en el lenguaje del gasto, se llama toda una mujer. Casó, según ella misma contaba, cuando tenía veinte años; cuando las niñas de su tiempo llevaban bien puesto el velo de la inocencia, que cantó algún renombrado poeta español, y los matrimonios no se verificaban como ahora, por casarse, sino cuando los cónyuges, amén de la instrucción necesaria para contraer el santo vínculo, reparaban en algo que los de ahora suelen mirar con mucha indiferencia: el patrimonio. El patrimonio, base esencial e indispensable para que el Patas no dé al traste con lo que Dios quiere que sea bien hecho, es decir, de una estabilidad a toda prueba.

Su humor era un tesoro de bondad que siempre la tenía con la sonrisa en los labios, dando consejos a todo el mundo aunque no se los pidieran, y era para escuchar un rato de lo bueno cuando se daba a contar las cosas de su tiempo, cuando toda señorita sabía bien los quehaceres domésticos, al contrario de las de ahora, que primero piensan en la

«toilette» y en los cachivaches «d'art nouveau» que en echarle los respuntes a las camisolas.

—No me digas nada, hija—le decía una vez a una amiga vecina suya. Si es que da vergüenza la educación de nuestras hijas. Todas saben de la regla de tres y de cuántos individuos andan por las calles de París; pero lo que es un remiendo... ¡así se les caigan las manos de encima! De veras que me da tristeza ver cómo las madres de familia levantan hoy sus hijos. Si son los hombrecitos, no piensan más que en ser señores de letras, de papeles, como se decía antes, para vivir pensando en cómo le quitan al prójimo lo que tiene. Y las mujeres, ¡Jesús! Si es que algunas me fastidian con su repelencia de estar todo el día en el tocador, mirándose al espejo cada vez que pasan frente de él, y con el pomo de los polvos dale que dale, así esté en la sala con cuatro luces su padre.

—Pero, qué quieres, Basilisa—le contestaba su amiga doña Clara,—¿qué quieres? Si los tiempos que corren son muy distintos de los que cruzamos nosotras. A nosotras no nos enseñaban a leer ni escribir, pretextando que la enseñanza sería para emplearla en provecho de los novios. Ahora... Ya tú lo ves: los muchachos nacen sabiendo cómo se llaman las estrellas del cielo y cuántos Papas ha habido desde San Pedro.

—Bueno, hija; ¿y eso qué quiere decir? Pues que ellos son más afortunados que nosotras las que venimos al mundo cuando, por el menor desliz... ¡toma! El pellizco disimulado que nos hacía fruncir todo el cuerpo; y, lo que era

peor, si soltábamos la lágrima en una visita, cuando volvíamos a la casa, de la abuela para abajo, todos nos iban zurrando.

—Así sea. Pero es que a los muchachos de ahora no puede aguantarse. Si es que se pasan de listos, como dice don Cosme, el maestro de capilla. Cualquier muñeca de diez años sabe las cuatro reglas, lee de corrida, escribe bien. Nosotras... ¡qué! Si siempre me acuerdo de cuando se casó don Lázaro Chacón. No sabía el pobrecito ni leer ni escribir, y cuando fué a firmar en la curia las informaciones para su matrimonio, con letra hecha como con esparto, escribió su nombre muy orondo: «Lajano Chacón». Y no hubo remedio: el señor cura le cogió la mano y le hizo escribir todas las letras del nombre.

—Y ahora, ¿qué me dice usted de los tiempos que corren? Si uno pronuncia mal una palabra, le corrige el muchacho. ¡Qué te cuento! Ayer no más estaba yo hablando muy tranquila con el Alcalde, cuando siento que me tiran de la falda por tercera o cuarta vez. Vuelvo a ver. ¡Pues quién había de ser! Eleodorito, hija, que, al oírse nombrar por mí, se me acerca, me tira de la enagua con disimulo, y me dice: «Mamá, así no se dice mi nombre: se dice Feliodoro y se escribe con *h*.

—¡No le digo!—exclamó doña Clara,—no le digo...

—Mi señora Basilisca, que le manda a decir mi señora...

—¿Cómo?... ¿Cómo es que me has dicho?

—Mi señora Basilisca...

—¿Basilisca? ¡Qué atrevida! ¿Quién te ha dicho que yo me llamo así?

—¿Entonces...?

—Basilisa... Basilisa...

—¡Qué bueno!—exclamó doña Clara,—¡qué bueno! Ya ve usted cómo las que no sabemos escribir, podemos dar lecciones de ortografía...

—Pero, niña, ¡cómo me ha llamado la muchacha! Un insulto, ni más ni menos. ¡Basilisca!

—Bueno, niña; ¿y qué quiere decir basilisca?

—¡Ahora sí! Hazte la inocente. Basilisca quiere decir la mujer del basilisco, de una cosa muy fea, del Anti-Cristo, del diablo... ¡qué sé yo!

Y las dos, viéndose a las caras, que pedían una instantánea, se pusieron a reír con peligro de desternillarse.



XLVII

En la única sala que tiene la pequeña casa, sobre una mesa cubierta con sábanas de colores chillones, está la muertecita con los ojos medio abiertos, la boca no cerrada del todo, esperando el día, que no tardará en llegar, en que salga de su casa, en brazos de cuatro individuos, para ir a la iglesia en alegre repicar de las campanas, y luego... atravesar dos o tres calles de la población, y bajar hasta el cementerio, donde la aguardan los sepultureros y un hueco muy hondo y oscuro que la ocultará para siempre, tragándosela como un monstruo que jamás se sacia.

La noche del velorio no han faltado almas compasivas que consuelen al triste y se preparen a la obra de caridad que manda enterrar los muertos. Mas como no todos los que practican el precepto están en disposición de tener compungido el espíritu, la mala noche se atenúa un tanto con las conversaciones equívocas, con sus ribetes de murmuración y las agudezas de todo género, que parecen es-

perar el momento menos oportuno para distraer a los acompañantes que, de otro modo, acaso se aburrirían soberanamente. Y cuenta que la costumbre ha degenerado no poco, quiero decir, se ha reformado en sentido más cristiano; que lo que era años atrás, nuestros padres son testigos de cómo se practicaba la caridad de consolar al triste. Una verdadera tertulia con el correspondiente ambigú, y con decir eso no más, ya puede cualquiera imaginarse lo que sería un velorio donde, de los padres del muerto para abajo, todos encontraban medios de mitigar la pena en distracciones que entonces se calificaban, y se califican todavía, de muy inocentes.

El mundo, es verdad, ha perdido mucho, si no todo, de su inocente vivir; y si no es menos cierto, como decía un profesor mío cuya memoria guardo con respeto y cariño, que «no hay malas palabras, sino malas interpretaciones», nada de censurable tenían las costumbres de nuestros mayores, aunque hoy venga un «amateur» de cosas viejas a desenterrar lo que el tiempo se llevó sin reparo, y trate de reconstruir, como hacen los naturalistas y paleontólogos, épocas que se van confundiendo en lo pretérito. Esto quiere decir, que ciertas costumbres no han llegado a su abolición completa, y que nosotros los viejos, puesto que somos del siglo que pasó hace siete años, debemos procurar conservarlas siquiera en la memoria, con el respeto y veneración de todo lo que va quedando atrás en el camino de nuestra peregrinación obligada.

Primer repique.—Primer anuncio de la se-

paración definitiva. La alegría de las campanas viene a renovar el desconsuelo de la pobre madre, y su dolor se traduce en lamentaciones tan tristes, que todo el que ha pasado por desgracia semejante, siente la garganta estrecha y los ojos humedecidos.

Es verdaderamente único el instante que precede a la conducción de un cadáver de su casa al cementerio. Algo risible u original acompaña siempre aquel momento solemnísimos en que el muerto va saltando, en brazos de sus amigos, para el viaje de donde no regresa a veces sino un puñado de huesos que se incineran, o, cuando más, vuelven a enterrarse en alguna iglesia.

El dolor, que es lo único serio que guarda el hombre, tiene a veces su mueca insincera, que, por lo mismo, es recibida siempre con una sonrisa, aunque no asome a los labios.

Segundo repique.—La renovación de los lamentos, de las lágrimas calladas, de los gimeos, digno a veces de muchachos reprendidos. Las mujeres, por lo general, se acuerdan de sus difuntos, y como ellas están en la convicción más profunda de que su sensibilidad es más exquisita que la de los hombres—aunque haya sabios muy respetables que lo niegan rotundamente—las vallias de su dolor se rompen, y la salmodia de las quejas se renueva, dando a los hombres ejemplo de una delicadeza... que más vale no tenerla a veces.

Tercer repique.—Cuatro muchachos cogen la parvulita, y van saliendo con ella muy frescos, como si no se dieran cuenta de nada. Alguno coge en los dientes el sombrero, y

con modo rayano en grosería, le dice al compañero que se aguarda para poder coger él bien el barrote.

Y dichas las oraciones, la parvulita, con la cara rociada de agua bendita, sale por la puerta mayor de la iglesia, clavada la tapa del ataúd con puntillas doradas, llevando a la cabecera las iniciales de su nombre en caracteres también dorados, y las campanas vuelven a manifestarse alegres con la llegada de un ángel más a los Coros del Cielo.

Y la alegría de los ángeles, que los de la tierra renuevan cada vez que de ella se escapa un pequeñín, no atenúa, ni ha atenuado jamás, el dolor de los que quedan «gimiendo y llorando en este valle de lágrimas».

XLVIII

La procesión, que apenas recorre el circuito de la plaza, sale de la iglesia a las cinco de la mañana, hora en que, según la general creencia, que confirma el Evangelio, María Magdalena, que iba al sepulcro del Señor, vió que éste, triunfando de la muerte como estaba prometido, se le presentó en el esplendor de su gloria, confirmando con hecho incontrovertible la resurrección de la carne, dogma inefable y consolador de la humana miseria.

La población, pasados los días de duelo que conmemora la Iglesia, renace a una alegría nueva, y obediente a lo que la tradición tiene ya establecido, comienza su gozo por quemar en efígie al traidor, al discípulo indigno de la gracia, que entregó al Maestro por treinta dineros. La efígie de hombre, colgada del cuello, se balancea sobre el patíbulo, y apenas ha vuelto la procesión a la iglesia y las campanas han cesado en su himno a Cristo triunfador del tiempo y de la muerte, el gentío llena la plaza, en rededor del ajusticiado.

Un individuo, escogido siempre entre los que tienen buena voz, para hacerse oír a conveniente distancia, despliega el cartapacio que lleva en el bolsillo interior de la levita, y comienza la lectura.

Documento curioso por lo original, en que lo epigramático de buena ley se mezcla con reflexiones de pensamientos intencionalmente alambicados; en que una retórica «sui géneris» hace ostentación magnífica de recursos preciosos, aquella pieza, de una literatura novísima, en que todo se mezcla con graciosa acumulación de recuerdos ingratos para los aludidos, va haciéndose oír entre el barullo de las carcajadas y las protestas de los que se ven mencionados en ella, mientras llega el momento solemnísimo en que todo termine con el traqueteo del traidor, cuya última voluntad se ha traducido en sátiras que, pesen a quien pesaren, siempre son pábulo a comentarios chispeantes que hacen reír a los mismos que de ellos protestan.

—Sí; pero yo no soy responsable de ser tuerto—dice alguno.—¿Por qué se han de burlar de ese defecto mío?

—¡Pero, hombre, no seas tonto! ¿Y no me han dicho a mí que soy cigüeña porque tengo algo largo el pescuezo?

—Sí; y yo preferiría que me dijesen zambo, que no amigo de vender en mi almacén cosas falsificadas—dijo un tercero.

—¡Vamos, hombre! ¿Y a don Pascual no le han dicho que se casó por los realejos de la mujer?

—Pues tampoco debe decirse eso, porque eso es una injuria.

—Anda, pues, ahora, a ponerle el cascabel al gato. La costumbre no puede abolirse. Esto mismo vimos en nuestros antepasados, y tontería es querer reformar lo que tiene sus raíces, su fundamento, en la tradición. Si los viejos lo hacían con más crueldad. Entonces no se les escapa ni el cura...

—Sí; pero es que las cosas pueden decirse sin ofender a nadie.

Pero si no hay ofensas graves, hombre... Un chiste, nada más que un chiste, del cual nadie vuelve a acordarse.

—Sí, mi amigo; pero es que hay chistes que no deben decirse, porque son muy pesados.

—Vamos a ver. ¿Y qué es lo que te han dicho a tí? Que tienes cara de aguacate...

Y todos tres, y los que oyeron el recuerdo del parecido, no pudieron menos que soltar la risa con toda la energía de que eran capaces. De seguro el Iscariote había acertado en la semejanza.

—¡Cara de aguacate!—gritó un muchacho, riéndose también, y que presenciaba la conversación.

—¿No ves? Ahora es para que estos pillastres me llamen así. Es decir, que van a comprometerme a que le rompa la crisma a uno.

—No te incomodes, hombre, que esto es peor. Como vean que te enojas, entonces sí que es cierto. Ya tendrás para estar enfadado toda la vida.

—¡Cara de aguacate!—gritó otro, agazapándose detrás del pilar de una casa.

—¡Cara de aguacate!

—¡Tu madre!—contestó el agraviado. Y viendo que era imposible contener el desborde del epíteto que tan bien le cuadraba, resolvió no hacer más caso a los que le molestaban, y celebró la impertinencia, riéndose con sus amigos, que lo invitaron a entrar a una cantina donde se vendía anisado muy bueno, legítimo de Mallorca, según aseguraba uno de ellos, perito, al parecer, en la materia.

XLIX

Todos los pueblos de la tierra tienen—no he de negarlo—decía don Ruperto en la reunión de aquella noche,—sus supersticiones; cosa que en cierto modo me explico, por más contrario que sea al buen sentido, a la lógica o consecuencia que debe haber siempre en nuestras acciones. Oigo a un individuo que vocifera y echa los pulmones negando los misterios de la Religión Católica, y luego no se sienta a una mesa donde con él se complete el número 13. Dice uno más allá que el Papa no goza de infalibilidad ninguna, acaso porque no sabe en qué consiste la divina prerrogativa, pero no tiene embarazo en afirmar que todo lo que sueña le sale cierto, y ya tenemos a un individuo que goza de una gracia especialísima que ni el Pontífice ni nadie tiene; gracia que el mismo que cree poseerla no sabe cómo ni por qué le vino su santo patrimonio. El sólo asegura que nació un 15 de Agosto, es decir, el mismo día que vino al mundo como cualquier infeliz de esta parroquia, el genio francés que se llamó Na-

poleón I; que hizo grandes conquistas y murió de «spleen». Sus guardianes, que eran ingleses, lo contagiaron de ese mal, que debe ser algo como una rebotación biliosa, o una ictericia que no da paso a las medicinas.

Y don Ruperto afirma, para que se convenzan todos los que nacieron en 15 de Agosto, que tienen algo del «Coloso de la fortuna», que él tiene disposiciones para todo, y que si en la batalla de Cuaspud él hubiera estado, el triunfo de las armas colombianas habría sido más definitivo. Y después de la afirmación, refresca las fauces con agua, y se sienta en su puesto, un poco acalorado por el esfuerzo que le ha costado la palabra, pero tan satisfecho de lo dicho, que siente por dentro las frescuras de una verdolaga.

En seguida don Pablo, otro tertuliano, refiere que a él le han pasado cosas muy singulares. Un día, por ejemplo, que iba para la iglesia, pensando solamente en los misterios de la misa, se cayó de bruces al traspasar los umbrales de la iglesia. En el mismo día y a la misma hora entraba muerto a la iglesia para recibir las últimas preces, su hermano mayor don Eleuterio Cienfuegos, que se hallaba, por razones de comercio, en Barcelona.

—¡Cómo!—exclamó don Justino.—No pudo ser a la misma hora, mi amigo, porque cuando en España es una, aquí tenemos otra.

—Bueno. Pero fué el mismo día, que es lo que importa—contestó don Pablo, chocado por la observación de su amigo.

—Muchas de esas cosas pasan constantemente—dijo don Ruperto.—Cada cual tiene

sus avisos, sus anuncios de lo que ha de sobrevenirles; y por más extraño que parezca, ello es que hay coincidencias muy raras, que lo hacen pensar a uno en lo sobrenatural y extraordinario. Ya verá usted lo que me pasó el día que me casé. El sacristán, que era un muchacho algo atolondrado, en vez de tomar la cruz blanca, tomó una negra, con paño de igual color. Cuando el sacerdote reparó en ello, le dijo medio indignado: «Quite esa cruz, hombre, que no estamos en entierro». Aquellas palabras, dichas en aquel momento en que mi alma se hallaba dispuesta, como dicen ahora los literatos, a lo emotivo, me causó un disgusto que no pude disimular, que todos me conocieron, y que bastante pena me produjo, porque, figúrense ustedes, el día de mi boda andaba yo más serio que todos, a pesar de querer aparecer de otra manera. Mayor motivo de mi contrariedad, porque nadie está triste el día que se casa, y era para dar asidero a la murmuración, que siempre asoma su cabeza en casos como el mío, eso de estar con una preocupación pueril, que muchos podrían tomar por deliberada intención de alejarlos de mi hogar. Pero es, amigos míos, que el corazón casi nunca nos engaña. No fueron siquiera quince los días que llevé felices en mi matrimonio. Cuando menos se esperaba, estalló la guerra civil, que puso en completa ruína todos mis negocios, y mi esposa, debido en gran parte a las intranquilidades que la guerra ocasiona, se vió a las puertas del sepulcro. Yo tuve que huir a la montaña, esquivando de esa manera los empréstitos que el

Gobierno tuvo a bien sacar de amigos y defectos, y días terribles de angustias fueron los que me ví obligado a pasar, hasta que la borrasca fué calmando y pudimos los hombres de trabajo volvernos a dedicar a nuestros negocios, ya casi perdidos completamente.

—Es que no hay duda de que el corazón avisa—dijo don Pablo.—Yo creo que no hay quien no tenga sus anuncios. Algo hay, amigos míos, que se anticipa en nosotros a hacernos conocer el porvenir.

L

—Las energías de la Patria—decía aquella noche en la reunión del club el joven estudiante—están en nosotros, los de esta generación, que cuenta sus días de amargas pruebas. Si los viejos, los que, cansados de la lucha, parecen vacilar ante el peligro de la Patria, nosotros no debemos hacerlo jamás, si queremos conservar incólume la herencia que nos dejaron nuestros padres. ¿Y quién es el que no lleva en sus venas algo de la sangre de nuestros próceres y mártires? Yo siento que bulle la mía, que me impulsa a los campos de batalla, si es que necesario se hace ofrendar nuestras vidas a la causa santa de la reintegración. Mi vida y lo poco que poseo están al servicio de la Patria. Ya lo he dicho muchas veces, y ahora mismo, hasta haciendo el sacrificio de no volver a besar a mi madre, estoy dispuesto a marchar allí, a donde el deber nos llama a todos. Formemos un «meeting» y dirijámonos a palacio a ofrecer nuestros servicios al Gobierno, que es el que naturalmente tiene la dirección de la guerra. No perdamos

tiempo. Apresurémonos a cooperar con los que han tomado la vanguardia en la obra de la reintegración nacional. No olvidemos la historia. Los comuneros en Santander fueron los que iniciaron la obra salvadora de nuestra independencia. ¿Por qué estamos dormidos nosotros? ¡Despertemos!

Oigo, Patria, tu aflicción....

Y las valientes décimas de Lope García, con motivo de la dominación francesa en España, salieron a relucir con vigorosa entonación en los labios del joven estudiante. Eran del caso; y fué tal el entusiasmo que produjeron, que todos los que las oyeron opinaron que era deber ineludible ir a ofrecer al Gobierno el contingente de sus vidas e intereses para salvar la Patria.

—Si nadie me acompaña, yo marchó solo— dijo el joven patriota.—Dentro de dos días me iré a incorporar a las fuerzas de Antioquia que deben embarcarse en Puerto Berrío. Creo difícil, por no decir imposible, dominar el movimiento separatista, porque ya una nación poderosa ha tomado parte activísima en favor de los insurgentes. Pero algo debemos hacer por la Patria, si es que no queremos llevar la nota de una reprobación eterna en nuestras conciencias. Aquí, señores, se acabaron las denominaciones políticas; somos colombianos, nada más que colombianos, y debemos aprestarnos cuanto antes a salvar el honor nacional de la afrenta que se le irroga.

—¡Bravo!—exclamó uno de la reunión.—Pero, mi amigo, nada se logra con sólo propósitos. Sin elementos todo esfuerzo encalla ante la

resistencia de los poderosos. Si todo consistiera en llevar la guerra a un país con probabilidades de éxito, muy bien; pero es que tenemos que habérmola con una nación muy fuerte...

—Ya lo sé—dijo el joven;—y demos por sabido desde ahora que saldremos mal librados en la empresa. Eso no importa saberlo. «Quien no espera vencer, ya está vencido.» Polonia fué hecha girones por algunas potencias de Europa; pero en su espíritu vive, vive a través de sus martirios, de las iniquidades sin medida de que ha sido víctima; su corazón no ha envejecido en la desgracia, sino antes bien palpita, y su influencia se siente aun, a pesar de las inicuas resistencias. Y, sobre todo, ¿qué es lo peor que puede pasarnos? ¿Morir? Pues moriremos; pero, en el caso de que seamos vencidos sin morir, los vencidos también llevan a veces la gloria inmarchita del honor y del derecho.

—Pues lo que soy yo, mi amigo—dijo otro de la reunión,—no me atrevo a *desfacer* ciertos agravios. La adarga y el rocín de Don Quijote los tenemos aquí; mas no seré yo quien vaya a recogerlos para que me bataneen.

—¿No ve usted? Eso, eso es lo que nos mata, y no la vergüenza, porque la hemos perdido. La desesperanza, el temor, y... con tu permiso lo digo, mi querido Carlos, la abyección. Si es que todo lo noble va desapareciendo de esta tierra; y si tú, que eres un hombre de honor, hablas así, ¿qué pensarán otros? ¡por Dios! ¿qué pensarán otros que no

tienen como nosotros la idea del deber, del honor, del sacrificio...?

—Pues, mi amigo, pensarán por lo menos como yo. Que nos están zurrando, y nosotros pidiendo que siga la zurra...

—Así será tal vez. Acaso tengas razones de sobra para pensar de esa manera; mas yo tengo otro parecer, y como creo que es la hora, sino de reivindicar, por lo menos de sacar a salvo el honor nacional con una demostración siquiera de patriotismo, yo sí me voy, a morir si es necesario, que por motivos menos caros estamos acostumbrados a ofrendar la vida.

—No he de negarlo. Pero también hay que reconocer que una lucha contra lo imposible, una lucha que ya no es tal porque es imposible, ni salva el derecho de la Nación, ni nos hace más dignos.

—Sí; pero un acto de presencia en una emergencia como la que se nos ha suscitado, si no lava la deshonra inferida, por lo menos salva el decoro de una Nación que cuenta en su historia hechos de patriotismo a toda prueba.

—Eso es verdad; pero convéncete, hombre, convéncete de que *el mal no está en las sábanas*. El radica en parte muy sensible de nuestro organismo nacional. Ahora, si lo que tú quieres es que en tí se repita lo del héroe legendario que exclamaba que todo se había perdido menos el honor...

—¡Exacto! Eso, sí, precisamente, eso es lo que siquiera teníamos derecho a merecer en la actual contienda, aunque parezca a muchos

una quijada de la que los pueblos no hacen ni quieren hacer alarde.

—Pues entonces...

*
**

—Pues entonces... la «débâcle», mis amigos. Aquello no tiene nombre, mejor dicho. He visto arriar nuestro pabellón a la intimación del extranjero; he visto fallecer a nuestros soldados de hambre y de fatiga, y he visto a una de nuestras mujeres abofetear a un sargento de los que se rindieron antes de hacer frente al enemigo. He cumplido, sin embargo, con mi deber. Tuve que rendirme... porque no hubo más remedio, y aquí estoy. Pero mis manos están limpias... Yo no he recibido el oro que puso precio al patriotismo. Aquí estoy, pero reclamando el derecho de enjugar las úlceras que corroen el cuerpo sagrado de la Patria...

BROCHE

Bajo la criba enorme que proyectaba a largo trecho su sombra fresquísima, ella, tendida sobre el suelo, defendiéndose de los rayos del sol que por las ramas penetraban, con la sombrilla de irisados cambiantes, apoyando sobre la mano izquierda la cabeza, leía un libro de autor desconocido, y a ratos, como si meditase en la lectura, cerraba los ojos, y aspiraba con ansia deliciosa, el aire que silbaba, formando a veces breves remolinos.

De pronto, como tomando una resolución, se levantó, arreglóse el peinado y sacudió la falda, llena de hojas secas y del polen que, como menuda lluvia, le había caído de arriba.

—¡Qué bello!—exclamó al cerrar el libro, señalando la página que leía con la hoja de arracán, que arrancó de la pequeña mata que estaba junto a ella.

Y como si la lectura hubiese despertado en su alma algún sentimiento hasta entonces oculto, entornó los ojos, acaso para precisar mejor las ideas que, como el polen del árbol, caían para germinar en su cerebro. La vida pa-

recía una vez más sonreírle con sus ansias secretas. Y siguió lentamente el camino que conducía a la alegre casa de campo a donde había ido a buscar días de sol y tardes frescas, y vió que todo a su rededor le sonreía de un modo desconocido.

Pero luego volvió a pensar en él, el amigo de su alma, el que sería el compañero de su vida; y el hermoso escenario de la naturaleza fué empañándose, y sintió en su alma una vez más los desfallecimientos que las puestas de sol le traían todas las tardes. La nostalgia, con sus ansias infinitas, fué también, como la noche que se acercaba, desplegando sus alas y quitando la luz...





